



*Vamos, pues, hacia esa cruz, maese  
Espaing, repuso el sacerdote;*

# EL BASTARDO

DE

NAULEON.

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

*traducida*

POR D. S. C.

TOMO 1.



MALAGA.

IMPRENTA DE MARTINEZ DE AGUILAR,

Calle del Marques,

N.º 10 y 12.

B. 21. 416

*Es propiedad de la  
casa de Martinez de  
Aguilar.*

---

---

## EL BASTARDO

### de Mauléon.

---

#### CAPITULO I.

**De como supo Mosen Juan Froissard la historia que vamos á referir.**

**E**l viagero que al presente recorre la parte del condado de Bigorre que se estiende entre los nacimientos del Gers y del Adouny, y que en la actualidad forma el departamento de los Altos Pirineos, puede seguir dos caminos para ir de Tournay á Tarbes: el uno obra moderna y que atra-

viesa la llanura , le llevará en dos horas á la antigua capital de los condes de Bigorre ; el otro, que sigue la falda de la montaña y que es una antigua calzada romana, le hará recorrer una distancia de nueve leguas. Pero este aumento de camino y de fatiga quedará compensado con el agradable aspecto que presenta el pais que atraviesa , y con la vista de esos primeros planos magníficos que se llaman Bagneres , Montgaillard, y Louders , y la de ese horizonte que forman, como una muralla azul, los dilatados Pirineos , del medio de los cuales se levanta , siempre cubierto de nieve , el gracioso pico del mediodia. Este camino es el de los artistas, de los poetas y de los anticuarios; y á este camino suplicamos al lector que tienda con nosotros sus miradas.

En los primeros dias del mes de marzo de 1388 hácia el principio del reynado de Cárlos VI de Francia, es decir , cuando todos esos castillos que

hoy se ven al nivel de la yerba alzaban los chapiteles de sus torreonnes sobre la copa de las mas altas encinas y de los pinos mas altaneros ; cuando aquellos hombres de armadura de hierro y corazon de bronce, que se llamaban Oliveros de Clisson , Beltran Duguesclin y el Capital de Buch , acababan apenas de descender á sus tumbas homéricas, despues de haber dado principio á aquella iliada , cuyo desenlace estaba reservado á una pastora , dos hombres caminaban por esa senda estrecha y escabrosa que era entonces la única via de comunicacion que existia entre los principales pueblos del Mediodia de Francia.

Seguíanles dos criados tambien á caballo.

Ambos señores parecian tener sobre poco mas ó menos la misma edad, es decir, de cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años ; mas no pasaba de aquí su semejanza ; porque la

gran diferencia que se notaba en sus trages indicaba bien á las claras que cada uno seguia distinta profesion.

El primero, que por costumbre sin duda iba delante como cosa de medio cuerpo del caballo, vestia un gaban de terciopelo, que habia sido carmesí, pero en el cual el sol y la lluvia, á cuyos rigores se habia visto espuesto desde el dia en que su dueño lo estrenó, habian alterado no solo el lustre sino tambien el color. Por las aberturas de dicho gaban salian dos brazos membrudos cubiertos de dos mangas de búfalo que formaban parte de un jubon, que en otro tiempo habia sido amarillo, pero que á imitacion del gaban habia perdido su primitivo brillo, no ya por su contacto con los elementos, sino, por el roce de la coraza, á la cual sin duda alguna debia servir de forro. El casco, de la especie de esos que se llamaban

capacetes suspendido momentáneamente del arzon de la silla , sin duda por el calor , permitia ver descubierta toda su cabeza calva por encima , pero cubierta por las sienes y por la parte posterior de largos mechones entrecanos en armonia con sus bigotes , un tanto mas negros que los cabellos , como de ordinario acontece á los que han arrostrado grandes fatigas , y una barba del mismo color de los bigotes cortada en cuadro , y descansando sobre una gola de hierro , única pieza defensiva de la armadura , que habia conservado el caballero. Por lo que hace á las armas ofensivas , se componian de una larga espada pendiente de un tahalí de cuero y de una hacha pequeña terminada en una hoja triangular , de suerte que se pudiese herir con ella lo mismo por el filo que por la punta. Esta arma iba enganchada en el arzon por la derecha , y servia de contrapeso al

casco colgado en el mismo arzon del lado izquierdo.

El segundo caballero, es decir el que marchaba un poco mas atrás que el primero, no tenia, por el contrario, nada de guerrero, ni en su trage ni en su apostura: iba vestido de una larga sotana, y de la cintura pendian en lugar de espada ó de puñal, un tintero forrado de piel de zapa, como los que llevaban los estudiantes. Tenia ojos vivos y sagaces, pobladas las cejas, nariz de punta roma, lábios algo gruesos, pelo corto y poco, sin bárba ni bigotes, y llevaba en la cabeza una especie de bonete igual al que usaban los magistrados, los clérigos y por lo general todas las personas graves. Por la boca de los bolsillos asomaban rollos de pergaminos, escritos en un carácter de letra diminuto y apretado, tan propio de las personas que escriben mucho. Su mismo caballo parecia participar

de las pacíficas inclinaciones del ginetete, y su andar mesurado y su cabeza inclinada al suelo, contrastaban con el paso arrogante y los resoplidos y caprichosos relinchos del caballo de batalla, que como hemos dicho, orgulloso de su superioridad, parecía hacer ostentacion de que podia variar el paso á su antojo.

Los dos criados venian detrás, y conservaban entre sí el mismo carácter contrapuesto que distinguia á sus amos. El uno iba vestido de paño verde por el estilo de los arqueros ingleses, y llevando como estos el arco en banderola y la aljaba al costado derecho, mientras que por el izquierdo descendia ajustado al muslo una especie de puñal de ancha hoja, arma intermedia entre el cuchillo, y aquella otra arma terrible que se llamaba lengua de buey.

A sus espaldas, resonaba, á cada paso algo desigual de su caba-

llo la armadura de que su señor momentáneamente se habia desnudado sin riesgo alguno, por la seguridad de los caminos.

El otro iba como su amo, vestido de negro, y segun la traza y corte de sus cabellos y la tonsura que mostraba sobre la cabeza cuando levantaba el capillo de paño negro, parecia pertenecer á la mas humilde categoría clerical. Esta opinion podia corroborarse al verle con el misal debajo del brazo, cuyas puntas y broches de plata de un trabajo bastante delicado, se conservaban brillantes á pesar de lo gastado de la encuadernacion

Así caminaban todos cuatro distraidos los amos y charlando los criados, cuando al llegar á una encrucijada donde el camino se dividia en tres ramales, el caballero detuvo á su caballo, y haciendo señas á su compañero para que le imitara, le dijo:

—Ea! maese Juan, mirad bien el paisaje que os rodea y decidme que os paraee?

El otro á quien se dirigia esta invitacion miró á todos lados, y como el campo estuviese enteramente desierto, y por la disposicion del terreno le pareciese á propósito para una emboscada, contestó:

—A fé mia, señor Espaing, que este es un lugar bastante sospechoso y declaro que no me detendria en él un credo á no veuir en compañía de un caballero tan famoso como vos.

—Gracias por la lisonja, Mosen Juan, le dijo el caballero; y en eso se nota vuestra acostumbrada cortesanía; ahora recordad lo que me habeis dicho hace tres dias saliendo de la ciudad de Pamiers, respecto á la famosa escaramuza entre el motilon de San Basilio y Ernauton Bissette, en el paso de Larra.

—Oh! sí, en efecto, bien me acuerdo, respondió el eclesiástico. Os dije que me avisáseis cuando llegásemos al paso de Larra, porque deseaba ver ese sitio, célebre por la muerte de tantos valientes.

—Pues bien; ahí lo teneis.

—Yo creía que el paso de Larra estaba en Bigorre.

—En efecto, en él está, y nosotros tambien: desde que hemos vadeado el riachuelo de Leza, hemos dejado á la izquierda, y, á cosa de un cuarto de hora el camino de Lourdes y el castillo de Montgaillard. Mirad allá bajo el arrabal de la Civitat, aquí el bosque del señor de Barbeaux y finalmente en medio de los árboles el castillo de Marcheras.

—Ola, señor Espaing, dijo el eclesiástico, ya sabeis cuánta es mi afición á los grandes hechos de armas, y como los anoto á medida que los voy viendo ó se me refieren, para que no se me olviden:

contadme , pues , minuciosamente , si gustais , lo que haya acaecido en este lugar.

—Muy fácil es , repuso el caballero. Allá por los años de 1358 ó 1359, habrá de esto unos treinta años, todas las guarniciones del pais eran francesas, excepto la de Lourdes. Ademas esta hacia frecuentes salidas para abastecer la plaza, recogiendo cuanto encontraba y llevándoselo consigo dentro de las murallas ; si bien es verdad que cuando se sabia que andaba por los campos , todas las demas guarniciones enviaban destacamentos , que puestos en campaña le daban caza , y cuando venian á las manos ocurrían terribles combates, tan notables en hechos de armas como pudieran serlo las batallas campales.

Un dia el Motilon de San Basilio, llamado así por la costumbre que tenia de disfrazarse de monge para preparar sus emboscadas, salió de

Lourdes con el señor Carnillac, y ciento veinte lanzas poco mas ó menos. En la ciudadela escaseaban los víveres, y se habia dispuesto una grande expedicion para abastecerla. Iban, pues, cabalgando, cuando en una pradera distante una legua de la ciudad de Tolosa, encontraron una vacada de que se apoderaron, volviéndose en seguida por el camino mas corto. Mas en vez de seguir prudentemente aquella senda, se desmandaron á derecha é izquierda para llevarse tambien una piara de cerdos y un rebaño de cãrneros, lo que dió tiempo para que el rumor de la espedicion se difundiese por todo el pais.

El primero que lo supo fué un capitán de Tarbes llamado Ernauton de Santa Coloma. Dejó la custodia del castillo á cargo de un sobrino suyo, que algunos decian era su hijo bastardo, doncel de unos quince á diez y seis años, que no habia asistido

todavía á combate ni escaramuza alguna. En seguida corrió á dar aviso al señor de Besac, al de Barbezan y á todos los escuderos de Bigorre que pudo encontrar, de modo que aquella misma tarde estaba al frente de una fuerza casi igual á la que mandaba el Motilon de San Basilio.

En breve estendió sus espías por el pais para indagar el camino que pensaba seguir la guarnicion de Lourdes, y cuando supo que debia transitar por el paso de Larra, se decidió á esperarla en este mismo sitio. En su consecuencia, como conocia perfectamente el terreno, y sus caballos no estaban fatigados, mientras que los del enemigo llevaban cuatro dias de marcha, se apresuró á tomar posicion, en tanto que los merodeadores hacian alto á unas tres leguas del lugar donde los aguardaban.

Segun vos mismo lo habeis dicho, el terreno es á propósito para una

emboscada. Ni la gente de Lourdes, ni el mismo Motilon sospecharon nada; y como los rebaños iban delante, ya habian pasado el estrecho en que nos hallamos, cuando por los dos caminos que veis, el uno á nuestra derecha y el otro á la izquierda, avanzó al galope y dando desaforados gritos la tropa de Ernauton de Santa Coloma. Empero dió con gente que les sabia contestar. No era el Motilon hombre apropósito para huir; mandó hacer alto á su tropa y esperó el choque.

Fué este terrible, tal cual debia esperarse de los primeros guerreros del pais; pero lo que mas irritaba á los de Lourdes era el verse separados de aquel rebaño, por el cual habian sufrido tantas fatigas y arrojado tantos peligros, y que ahora oian alejarse, bramando, gruñendo y balando bajo la custodia de los criados de sus enemigos; quienes gracias á la barrera opuesta por sus señores,

no habian tenido que combatir ni aun á los boyeros, porque poco importaba á estos que los ganados fuesen de este ó de aquel, desde que ya no les pertenecian.

Tenian, pues, un doble interés en derrotar á sus enemigos, primero por su propia seguridad, y segundo por recobrar sus víveres, que tanta falta hacia á sus compañeros que habian quedado en la ciudadela.

La primera investida fué con las lanzas, pero hechas estas astillas en breve, en su mayor parte, y conociendo los que aun tenian las suyas que en tan estrecho recinto era poco á propósito semejante arma, las arrojaron echando mano unos de hachas, otros de espadas, estos de mazas y aquellos de todo linaje de armas cortas que tenian á mano, y comenzó entonces la verdadera pelea, tan ardiente, cruel y encarnizada, que nadie queria retroceder un paso, y los que sucumbian procu-

raban ir à espirar en la vanguardia porque no se dijese que habian perdido el campo de batalla. Así combatieron durante tres horas, de suerte que, como de comun acuerdo, los que se hallaban fatigados se retiraban é iban á descansar á espaldas de sus compañeros, ora en el bosque, ora en la pradera, ó bien al borde de las zanjas, donde se quitaban sus cascos se restañaban la sangre y enjugaban el sudor, tomaban aliento un solo instante y volvian en seguida al combate mas encarnizados que nunca; bien es verdad que, á mi juicio, jamás hubo una batalla tan bien atacada y tan bien defendida, desde el famoso combate de los treinta.

Durante estas tres horas de refriega la casualidad habia hecho que los dos caudillos, El Motilon de San Basilio y Ernauton de Santa Coloma combatiesen el uno á la derecha y el otro á la izquierda pero ambos con tal furia y braveza, que la multitud

concluyó por separarse delante de ellos hallándose al fin los dos frente á frente. Como esto era lo que deseaban , y como desde el principio del choque no habian cesado de llamarse , exhalaron un grito de alegría al verse tan de cerca ; y habiendo conocido los demas combatientes que toda otra lucha debia desaparecer ante esta , se separaron , cedieron el terreno , y la accion general cesó para dar lugar á aquel combate singular.

— Ah ! dijo el eclesiástico , interrumpiendo al caballero con un suspiro , qué no me hubiese encontrado yo aquí para presenciar semejante justa que debia hacerme recordar los buenos tiempos de la caballería, transcurridos , ¡ ay ! para no volver jamás !

— El resultado es , Mosen Juan, repuso el guerrero , que hubiérais presenciado un espectáculo raro y sorprendente ; porque los dos cam-

peones eran dos guerreros á cual mas valiente , y diestros en la profesion, é iban montados en fuertes y agueridos corceles , que parecian tan empeñados en despedazarse mutuamente , como los ginetes. Sin embargo , el caballo del Motilon de San Basilio cayó primero herido de un hachazo dirigido por Ernauton contra el caballero , y que le dejó muerto al punto. Pero el Motilon era harto precavido para no haber tenido lugar de sacar los pies de los estribos , por rápida que fuese la caida, de suerte que en vez de quedar tendido debajo de la cabalgadura , se encontró á su lado , y estendiendo los brazos , desjarretó el corcel de Ernauton , que dando un relincho de dolor se dejó de caer sobre las rodillas , perdiendo el ginete su ventaja , y viéndose á su vez obligado á saltar en tierra. Apenas lo verificó , cuando se levantó el Motilon y la lucha comenzó de

nuevo sosteniéndola Ernauton con el hacha, y el Motilon con su maza.

—¿Y es este el mismo sitio donde sucedió tal hazaña? dijo el eclesiástico centelleándole los ojos de valor, como si hubiese asistido al combate que se le describía.

—Sí, aquí sucedió, Mosen Juan; y esto que ahora os cuento, me lo han referido á mí diez veces testigos oculares. Ernauton estaba en el sitio en que vos estais, y el Motilon en el que yo estoy; y este último de tal modo acorraló á Ernanton, que aunque se defendía, se vió obligado á cejar desde esa piedra que está entre las piernas de vuestro caballo, hasta ese foso; en el que indudablemente iba á caer de espaldas, cuando un jóven que habia llegado jadeando durante el combate, y que lo presenciaba del otro lado del foso, viendo tan mal parado al buen caballero y próximo á sucumbir, de un salto se puso al lado de Ernau-

ton , y tomándole el hacha que iba á escapársele de las manos: ¡ ah ! buen tío , le dijo ! dadme el hacha por un momento , y ya vereis lo que hago.

No deseaba otra cosa Ernauton , soltó el hacha y se tendió á orillas del foso , adonde acudieron los pajes en su ayuda , y viéndole á punto de desmayarse , le desabrocharon.

— Pero , ¿ y el mozo , dijo el clérigo , el mozo ?

— Vereis: el mozo probó en aquella ocasion que á pesar de ser bastardo , como se decia , corria por sus venas la sangre mas pura , y que su tío habia hecho mal encerrándole en un viejo castillo en vez de traerle consigo ; porque apenas empuñó el hacha , cuando sin cuidarse de si llevaba ó no un simple jubon de paño y un gorro de terciopelo , mientras que su enemigo estaba vestido de hierro , dióle tan

recio golpe con el filo de su arria en la parte superior del casco, que hizo pedazos el capacete, y aturcido el Motilon empezó á vacilar y casi tocó el suelo. Mas era hartorudo y experimentado guerrero para rendirse así á la primera acometida. Incorporóse, pues, y levantando á su vez su maza, descargó con ella tan tremendo golpe sobre el mozo, que seguramente le aplastára á haberle alcanzado. Pero el mozo, cuyos movimientos no embarazaba el peso de las armas defensivas, evitó el golpe dando un brinco hácia un lado, y lanzándose al punto sobre su contrario, ligero y retozon como un tigre cachorro, sujetó con ambos brazos al Motilon, cansado ya de tan larga lucha, y encorvándolo cual el viento dobla un árbol, lo derribó por fin diciendo á voces: Rendios, Motilon de San Basilio, ya os socorreré ó no; rendios, ó sois muerto.

—Y se rindió? preguntó el eclesiástico que tomaba tan grande interés en la relacion, que todos sus miembros se estremecian de gozo.

—No tal, repuso el señor Espaing, antes al contrario contestó clara y terminantemente:

—Vergüenza me daria rendirme á un rapaz, hiéreme si puedes.

—Pues bien, no os rindais á mí sino á mi tio Ernauton de Santa Coloma, que es un bizarro caballero, y no un niño como yo.

—Ni á tu tio ni á tí, dijo con voz sorda el Motilon, porque si tú no hubieras llegado, estaria tu tio dónde yo estoy ahora. Hiéreme, pues, porque no me rendiré por ningun pretesto.

—En ese caso, repitió el jóven, ya que absolutamente no quieres rendirte, espera y lo verás.

—Veamos, sí, veamos, dijo el Motilon haciendo un esfuerzo como los del gigante Encelado cuando qui-

so desembarazarse del monte Etna; veamos algo de eso.

Pero en vano reunió todas sus fuerzas y estrechó al jóven con sus brazos y sus piernas como con un doble anillo de hierro , pues no pudo hacerle perder las ventajas adquiridas. Este quedó vencedor teniéndole bajo de sí con una mano, mientras que con la otra sacaba de su cinturón un cuchillo largo y delgado , cuya hoja se la sepultó debajo de la gola. En aquel punto se oyó como una especie de ronco estertor. El Motilon , se agitó, se puso tieso , se incorporó , pero sin poder apartar al jóven que estaba sobre él apretando siempre su cuchillo. De pronto , un espumajo de sangre saltó á través de la visera del casco del Motilon , y vino á salpicar el rostro de su adversario. Esfuerzos casi sobrehumanos daban á conocer que no tardarian las convulsiones de la agonía: mas no por eso lo sol-

tó él jóven que parecia estar adherido á todos sus movimientos. Como hace la serpiente al cuerpo de la víctima que ahoga, se incorporó, volvió á caer postrado, se puso tieso como él, y al mismo tiempo que él tembló con todos sus temblores, y se mantuvo echado y estendido hasta que terminó la última convulsion, convirtiéndose el estertor en un suspiro.

Entonces se levantó el jóven, se limpió el rostro con la manga de su jubon, sacudiendo con la otra mano aquel cuchillo que se parecia á un juguete de niños, y que sin embargo acababa de matar á un hombre.

—Vive Dios! exclamó el eclesiástico, olvidando que su entusiasmo lo llevaba hasta los juramentos, espero que me direis el nombre de ese mancebo! ¿no es verdad, señor Espaing de Leon, para que yo lo consigue en mis apuntes y pueda verle estampado en el libro de la historia?

—Llamábase el Batordo Agenor de Mauleon, repuso el caballero; escribid, pues, el nombre todo entero en vuestros apuntes, como vos decís, mosen Juan, porque ese nombre es el de un valiente campeon, digno por cierto de tal honra.

—Pero sin duda no habrá parado en eso, dijo el clérigo, y en el resto de su vida habrá llevado á cabo otras proezas dignas de aquella con que empezó su carrera.

—Oh! sí por cierto, porque tres ó cuatro años despues partió para España, donde permaneció por otros tantos combatiendo contra los moros, y de donde regresó con la mano derecha cortada.

—Oh! dijo el eclesiástico con un tono que indicaba la mucha parte que tomaba en el revés sucedido al vencedor del Motilon de San Basilio; he ahí toda una desgracia; porque sin duda se habrá visto precisado á renunciar á las armas tan bizarro

caballero.

— Nada de eso, respondió Espaing de Leon, nada de eso, todo lo contrario, os engañais de medio á medio; pues en lugar de la mano que habia perdido, mandó hacer una de hierro, con la cual blande la lanza tambien como una mano verdadera; sin contar con que, cuando le acomoda, puede acomodar á esta mano una maza de armas, con la cual descarga, á lo que parece tales golpes, que los acometidos no se vuelven á levantar.

— ¿Y se puede saber, preguntó el eclesiástico, en qué ocasion perdió la mano?

— Ah! contestó Espaing, eso es lo que yo no puedo deciros por mucha que sea la gana que tengo de complaceros, porque yo no conozco personalmente al valiente caballero de quien se trata, y aun me han asegurado que los mismos que le conocen lo ignoran como yo, pues jamas

ha querido relatar á nadie esta parte de su vida.

— En ese caso , dijo el eclesiástico, no haré mención por ningun título de vuestro bastardo , maese Espaing, porque no quiero que los que lean mi historia , tengan que hacer la misma pregunta que os he hecho , y no obtengan respuesta.

— Caramba, dijo el señor Espaing, yo preguntaré, yo me informaré; mas desde luego podeis ir perdiendo toda esperanza , Mosen Juan , pues dado mucho que llegueis á saber lo que deseais , á no decíroslo él mismo si es que lo encontrais alguna vez.

— ¡Pues qué! ¿vive todavía?

— Sí, y guerreando mas que nunca.

— ¿Con su mano de hierro?

Con su mano de hierro.

— ¡Ah! exclamó Mosen Juan, me parece que daría mi abadía por encontrar á ese hombre con tal que él mismo quisiese referirme su historia. Pero al menos, acabad de contarme

la vuestra , maese Espaing, y decidme que ocurrió á los dos bandos despues de la muerte del Motilon.

—Esta muerte, terminó la batalla. Lo que principalmente querian los caballeros franceses eran los rebaños apresados, y esos ya los tenían. Por otra parte , muerto el Motilon, sabian que la famosa guarnicion de Lourdes tan temible en vida de aquel, era la mitad menos de temer; pues como sabeis , de un solo hombre depende la fuerza de una guarnicion ó de un ejército. Convínose, pues , que cada cual recogiese sus heridos y sus prisioneros, y se enterrasen á los muertos.

Lleváronse, pues , á Ernauton de Santa Coloma , que habia quedado enteramente estropeado del combate, y los muertos fueron enterrados en el mismo suelo que los caballos pisan con sus pies. Y para que un camarada tan valiente como el Motilon no quedase confundido con los cadáveres

comunes, se abrió una zanja al otro lado de esta peña que veis á cuatro pasos de nosotros, y se le puso encima una cruz de piedra con su nombre, para que los peregrinos, los caminantes y esforzados caballeros pudiesen al pasar rogar á Dios por el descanso de su alma.

—Vamos, pues, hácia esa cruz, maese Espaing, repuso el sacerdote; por mi parte le rezaré con la mayor devocion un *Pater noster*, una *Ave María* y un *De Profundis*.

Y dando el abad egemplo al caballero, hizo una señal á los escuderos para que se acercaran; puso la brida del caballo en manos de su criado, y echó pie á tierra con una impaciencia que indicaba que cuando se trataba de tales materias, el buen coronista se manejaba cual si se quitase de encima la mitad de los años.

Maese Espaing de Leon lo imitó y ambos se encaminaron hacia el sitio indicado: mas al doblar la peña

entrambos se detuvieron.

Un caballero, cuya presencia en aquel sitio ignoraban, estaba arrodillado delante de la cruz envuelto en un ancho capotillo que por la tiesura de sus pliegues revelaba que debajo llevaba una armadura completa. Solo tenia descubierta la cabeza; puesto en el suelo el casco y á unos diez pasos detrás, oculto asimismo por la peña, estaba un escudero, armado de punta en blanco, montado en un caballo de batalla, y teniendo de la brida al de su señor enjaezado como para entrar en combate.

Era un hombre en toda la fuerza de la edad, es decir, de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años, de tez tostada como un árabe, de cabellos espesos y barba muy poblada. Cabellos y barba eran de color de ala de cuervo.

Entrambos viajeros se detuvieron un instante á contemplar este hombre, que inmóvil y semejante á una

estátua , cumplia sobre la tumba del Motilon, el piadoso deber que ellos mismos iban á desempeñar allí.

Por su parte el desconocido caballero prestó atención á los recién llegados mientras duró su oracion, pero terminada esta, hizo con la mano izquierda la señal de la cruz, cosa que llenó de asombro á los dos espectadores; saludóles luego muy cortesmente con la cabeza, cubrió con el casco su tostada frente, y siempre envuelto en el capotillo subió á caballo, dobló á su vez el ángulo del peñasco, seguido de su escudero, mas áspero , mas tieso y mas negro todavía que él , y se alejó de allí.

Por mas que fuese frecuente en aquella época tener estos tropiezos y encontrar tales cataduras , esta tenia un carácter tan particular, que entrambos viageros lo advirtieron, si bien cada uno de ellos lo guardó para sus adentros , porque el tiempo comenzaba á apurar : habia que an-

dar aun tres leguas, y el eclesiástico se habia comprometido á rezar sobre el sepulcro del Motilon un *Pater noster*, una *Ave Maria* y un *De profundis y Fidelium*.

Concluida la oracion, Mosen Juan miró en derredor de sí. El caballero, que sin duda no sabia ó no queria rezar tanto como él, le habia dejado solo; santiguóse, pues, á su vez, aunque con la mano derecha, y fué á incorporarse con su compañero.

—No habeis visto vosotros, dijo á los criados, un caballero armado de punta en blanco que parece tener cuarenta y seis años, seguido de un escudero de cincuenta y cinco á sesenta?

—Ya los he divisado, señor, dijo meneando la cabeza Espaing de Leon que habia sentido en su ánimo la misma preocupacion que su compañero de viaje. A lo que parecen siguen el mismo camino que nosotros,

y como nosotros, sin duda van á dormir á Tarbes.

—Pongamos nuestros caballos al trote para darles alcance, si así os place, maese Espaing, repuso el coronista, pues es posible que si lo alcanzamos nos hable segun se acostumbra entre gentes que siguen la misma ruta: y se me figura que tendremos mucho que saber en compañía de un hombre que debe haber estado espuesto á la accion de sol bastante abrasador para tóstarle el rostro del modo que lo tiene.

Hágase como lo deseais, Mosen Juan, contestó el caballero; pues, por lo que hace á mí confieso que estoy picado de una curiosidad no menos viva que la vuestra; aunque soy de estos lugares no recuerdo haber visto una figura semejante.

En consecuencia de esta determinacion nuestros viajeros espolearon sus caballos, que siguieron guardando la misma distancia, yendo sien-

pre el corcel del caballero delante del eclesiástico.

Pero en vano apresuraron la marcha de sus caballerías; el camino cada vez mas llano y pintoresco conforme iba costeando la orilla del rio Leza habia proporcionado al desconocido y á su escudero la misma facilidad para doblar el paso, de modo que nuestros curiosos llegaron á las puertas de Tarbes, sin haberles podido dar alcance.

Apenas entraron en la ciudad, asaltaron al eclesiástico nuevos cuidados.

—Señor, dijo al caballero; sin duda no ignorais que, la primera necesidad en un viaje es un buen albergue y una buena cena; ¿dónde nos alojaremos en esta ciudad de Tarbes, donde no conozco á nadie, y á la que llego por primera vez, enviado, como no ignorais, por monseñor Gaston Febo?

—No os inquieteis por tan po-

co, señor, dijo el caballero sonriendo; salvo vuestro parecer pararemos en la Estrella: es la mejor hospedería de la ciudad; esto sin contar que el posadero es amigo mio.

— Bueno, repuso el coronista, mil veces he notado que cuando se viaja, es preciso tener por amigos á dos clases de gente, á los salteadores de la ciudad, y á los salteadores de caminos: á los posaderos y á los ladrones: vamos, pues á la posada de vuestro buen amigo el de la Estrella, á quien me habeis de recomendar para cuando vuelva.

Dirigiéronse entrambos á la posada indicada que como habia dicho Mosen Espaing de Leon, era conocida en diez leguas á la redonda.

Olvidando sus costumbres aristocráticas, estaba el posadero en el umbral de la puerta desplumando con sus propias manos un magífico faisán, al cual, con esa escrupulosidad gastronómica, que única-

mente saben apreciar en todo su valor los glotonos que en la mesa quieren regalar, no solo el paladar á el olfato sino tambien la vista, dejaba cuidadosamente las plumas de la cabeza y de la cola. Sin embargo, aunque se hallaba entregado á tan importante ocupacion vió venir á Mosen Espaing de Leon, desde el momento que entró en la plaza, y poniendo su faisán debajo del brazo izquierdo, y mientras que con la mano derecha se quitaba la gorra, dió unos cuantos pasos adelante.

—Ah! sois vos, Mosen Espaing, dijo, revelando la mas viva satisfaccion. Bien venido seais en tan honrada compañía! hace tiempo que no os habia visto por aquí, y ya me sospechaba que no podriais tardar en pasar por nuestra ciudad. Eh! caña de avena; toma los caballos de estos señores, Ola! Marisancha, prepara las dos mejores habitaciones de la casa. Caballeros, pie á

tierra, si gustais, y honrad con vuestra presencia mi pobre albergue.

—Qué os parece? dijo Espaing á su compañero; cuando yo os decia, Mosen Juan, que maese Bernabé era un hombre completo, y que en su casa se encontraba al minuto todo cuanto es menester...

—Si, ya lo veo: dijo el esclesiástico, y hasta ahora solo tengo que advertiros que he oido muy bien hablar de cuadra y de cuartos, pero ni siquiera he oido una palabra relativa á la cena.

—Oh! en cuanto á la cena no se apure vuestra merced, dijo el hostelero. El señor Espaing podrá decir que nunca se me ha echado en cara mas que una sola cosa, el que doy á mis viajeros comidas demasiado abundantes.

—Vamos, vamos, maese Gaston, dijo el caballero que ya se habia apeado, igualmente que su amigo,

y puesto la brida de sus caballos en manos de los mozos, vamos, servidos de guia y dadnos nada mas que la mitad de lo que nos habeis prometido, con lo que quedaremos contentos.

— La mitad! exclamó maese Cernabé, ¡ la mitad! me espondria á perder toda mi reputacion portándome de esa manera. El doble, Mo-sen Espaing, el doble.

El caballero echó una mirada de satisfaccion al eclesiástico, y entrambos siguiendo al mesonero, entraron en la cocina.

En efecto, no habia cosa en aquella venturosa cocina que no diese una muestra de ese placer que los verdaderos glotones disfrutaban en una cena sabrosa, y bien servida. El asador estaba dando vueltas, las sartenes cantaban, las parrillas chirriaban, y en medio de este ruido, el reloj daba las diez, llamando armoniosamente á la mesa.

Restregóse las manos el caballero, y el coronista se pasó la punta de la lengua por los labios; pues por lo general todos los coronistas son golosos.

En aquel momento las miradas de los reciénllegados recorrían, en sentido opuesto una línea circular para asegurarse de que tantos gozes prometidos eran reales, y no se desaparecerían como aquellas fantásticas comidas prometidas por malignos encantadores á los antiguos caballeros andantes. Un palafrenero entró á la sazón en la cocina, y habló una palabra al oído del posadero.

—Ah! diablo! dijo este, rascándose la oreja, ¿dices que no hay pesebres para los caballos de estos señores?

—Ni el mas pequeño, maese. El caballero que acaba de llegar ha tomado los dos últimos, no de la cuadra, porque esta estaba ya llena, sino

dél cobertizo.

—Oh ! oh ! dijo Mosen Espaing, mucho sentiremos separararnos de nuestras cabalgaduras, pero si no hay absolutamente sitio alguno donde ponerlas en esta casa, consentiremos por no perder por ellas esos buenos cuartos de que nos habeis hablado, que vayan con nuestros escuderos á otra posada.

En ese caso respondió maese Bernabé, yo cuidaré de vuestras mercedes, y los caballos no perderán por ir á otra parte, porque mandaré llevarlos á unas caballerizas que ni el Conde de Fox las tendrá mejores.

—Vaya en gracia por las magníficas cuabras, dijo Mosen Espaing, pero lo que es mañana por la mañana á las seis en punto es menester que estén aparejados á la puerta de la calle, porque Mosen Juan y yo, vamos á Pau, donde nos aguarda Monseñor Gaston Febo.

—Descuidad, repuso maese Bernabé, y contad con mi palabra.

En este momento entró la criada que habló también por lo bajo al mesonero, cuyo semblante manifestó de improviso su mal humor.

—Y bien! qué hay de nuevo? preguntó Mosen Espaing.

—Cá! eso no es posible! respondió el huesped. Y aplicó de nueva el oído para que la criada repitiese lo que acababa de decir.

—Pero ¿qué dice? repuso el caballero.

—Una cosa increíble.

—Pero sepamos, qué es?

—Que tampoco hay habitaciones.

—Muy bien! exclamó Mosen Juan, heos aquí condenados á acostarnos con nuestros caballos.

—¡ Ah! señores, señores! exclamó Bernabé, tengo que pedir os mil perdones, pero, el caballero que acaba de llegar un poco antes que

vuestas mercedes ha tomado para sí y para su escudero las dos únicas habitaciones que quedaban vacías....

—!Ba, ba! interrumpió Mosen Juan, que parecía muy acostumbrado á estos contratiempos, una mala noche se pasa pronto; y con tal que tengamos una buena cena, lo demás importa un bledo.

—Mirad, dijo el posadero, aquí viene precisamente el cocinero.

El cocinero llamó aparte al amo de casa y comenzó á hablarle en voz baja.

—¡ Ah diablo ! dijo el último, procurando ponerse pálido, ¡ es imposible !

El cocinero hizo con la cabeza y las manos un gesto que queria decir: «pues es como lo he dicho.»

El eclesiástico que parecia entender á las mil maravillas el vocabulario de los signos, cuando este vocabulario se aplicaba á la cocina,

fue el que verdaderamente perdió el color.

— ¡ Hem ! ¡ hem ! dijo , ¿ qué significa eso ?

— Nada ; caballeros , nada , repuso el huesped , este galopin se equivoca.

— Pero ¿ en qué se equivoca ?

— En lo que me acaba de decir que no hay que daros de cenar , en atencion á que ese caballero que acaba de llegar antes que vuestas mercedes ha pedido para sí todo el resto de la cena.

— Vamos , maese Bernabé , dijo Mosen Espaing de Leon , frunciendo el entrecejo ; basta de bromas , si os place.

— ¡ Ah ! caballero , contestó el huesped , hacedme el favor de creer que no me chanco , y que siento tanto como vos lo que está pasando.

— Yo me conformo con lo que habeis dicho , respecto á la cuadra y á las habitaciones , repuso el caballe-

ro , pero lo que es en euanto á la cena es distinto , y os declaro que no me doy por vencido. Ahí teneis una buena fila de cacerolas.....

— Señor ; todas están destinadas para el castellano de Marcheras , que está aquí con la señora castellana.

— ¿Y esa polla que da vueltas en al asador?

Está destinada para un canónigo muy gordo de Carcasona , que vuelve á su cabildo , y que no come de carne mas que un dia á la semana.

— ¿Y esas parrillas cubiertas de chuletas que huelen tan bien?

— Componen , con este faisán , que estoy desplumando , la cena del caballero , que acaba de llegar un poco antes que vuesas mercedes.

— ¡Por vida del diablo! exclamó maese Espaing; con que es decir que ese diablo de caballero ha cargado con todo! Maese Bernabé , hacedme el favor de decirle que otro caballero en ayunas quiere romper con él

una lanza, no por los bellos ojos de su dama, sino por el buen olor de su cena; y podeis añadir que Mosen Juan Froissard, el coronista, será juez del campo, y tomará nota de nuestros hechos y de nuestras cataduras.

—No hay necesidad de eso, señor, dijo una voz que salia por detrás de maese Bernabé, pues vengo de parte de mi amo, á convidaros á cenar con él, á vos Mosen Espaing de Leon, y y á vos Mosen Juan Froissard.

Mosen Espaing volvió la cabeza al escuchar esta voz y reconoció al escudero del desconocido caballero.

—Oh! oh! dijo, he ahí una invitacion la mas cortés del mundo, ¿qué os parece, Mosen Juan?

—Que no tan solo es muy cortés, sino que no podia llegar mas á propósito.

—Y cómo se llama vuestro amo, amigo mio? Sepamos á lo menos á quien somos deudores de tanta corte-

sia, preguntó Espaing de Leou.

—El mismo os lo dirá, si teneis la bondad de seguirme, respondió el escudero.

Los dos viajeros se miraron recíprocamente, y como mitad por hambre y mitad por curiosidad, tenían ambos un mismo deseo....

—Vamos, dijeron á un tiempo, enseñadnos el camino y os seguiremos.

Ambos subieron la escalera en pos del escudero, que les abrió la puerta de una sala, en el fondo de la cual estaba de pie y con las manos á la espalda el caballero desconocido, desnudo ya de su armadura y vestido de terciopelo negro y con mangas anchas y largas.

Al ver á sus huéspedes, dió algunos pasos hácia adelante y los saludó cortesmente.

—Seais bien venidos, señores; dijo alargándoles la mano izquierda, y recibid un millon de gracias por ha-

ber tenido la bondad de aceptar mi humilde convite.

Tenia el caballero un aire tan franco y leal, y la mano que les presentaba les pareció ofrecida con tanta cordialidad, que ambos la tomaron, aunque fuese una costumbre casi absoluta entre caballeros el darse la mano derecha, y casi una injuria el obrar de otra suerte.

Sin embargo aunque los dos viajeros devolvieron cortesía por cortesía, no fueron tan dueños de sí mismo, que su asombro no se asomase al semblante: pero el caballero parecía no haber fijado en ello la atención.

—Nosotros somos, caballero, dijo Froissard, quienes debemos daros las gracias, porque, merced á vuestra generosa invitacion, hemos salido del grave apuro en que nos encontrábamos: recibid, pues, nuestro agradecimiento.

—No es esto solo, dijo el desconocido; como yo he tomado dos apo-

sentos y no teneis ninguno , os cederé el que habia destinado á mi escudero.

A la verdad , repuso Espaing de Leon, que esta es sobrada cortesanía, porque ¿dónde se ha de acostar vuestro escudero?

—¡ Pardiez ! en mi mismo cuarto

—No , dijo Froissard , eso seria abusar...

—¡ Bah ! respondió el desconocido , estamos muy acostumbrados á eso: mas de veinte y cinco años seguidos hemos dormido bajo una misma tienda de campaña , y desde entonces acá han sido tantas las veces que nos ha sucedido lo mismo que no las hemos contado. Pero sentaos señores.

Y el caballero señaló á los dos viajeros unas cuantas sillas colocadas al rededor de una mesa , en la cual habia vasos y un gran frasco de vino , y dándoles ejemplo se sentó.

Los recién llegados se sentaron

tambien.

— Con que es cosa convenida, dijo el desconocido llenando tres vasos de hipocrás, sirviendose tambien para ello de la mano izquierda como hasta entonces habia hecho.

— Sí, sí, repuso Espaing de Leon, y creeríamos injuriaros rehusando una oferta tan cordial. ¿No sois de mi opinion, Mosen Juan?

— Con tanta mas razon, respondió el tesorero de Chynay, cuanto que la incomodidad que os causemos no será larga.

— ¿Cómo es eso? preguntó el caballero desconocido.

— Sí, mañana salimos para Pau.

— Sea en buen hora, dijo el caballero. Pero por lo comun sabemos cuando llegamos á un sitio, pero no cuando hemos de salir.

— Nos esperan en la corte del conde Gaston Febo.

— Y ¿no os figurais que pueda haber algo tan interesante que pue-

da retardar ocho dias vuestro viaje?  
preguntó el desconocido.

—Lo único que lo detendria seria el oír una historia curiosa é interesante.

—A pesar de eso, replicó el coronista, ignoro si podria faltar á la palabra que tengo dada al conde de Fox.

—Mosen Juan Froissard, dijo el desconocido, no hace mucho que habeis dicho en el paseo de Larra, que de buen grado dariais vuestra abadía de Chynay á quien os contase las aventuras del Bastardo de Mauleon.

—Sí, en efecto lo he dicho; pero ¿cómo ha llegado á vuestra noticia?

—Os habeis olvidado sin duda de que estaba yo rezando un *Ave Maria* en el sepulcro del Motilon, y que desde donde estaba he podido escuchar lo que deciais.

—Eso es lo que tiene el hablar á campo raso, Mosen Juan Froissard, dijo sonriéndose Espaing de Leon; y

esas palabras os van á costar una abadía entera.

— ¡Pardiez! señor caballero, dijo Froissard, seria tanta mi fortuna que vos supiéseis esa historia?

— No os habeis equivocado, repuso, y nadie mejor que yo lo sabe, y os la puedo contar desde el momento mismo en que mató al Motilon de Lourdes, hasta el dia en que perdió la mano.

— ¿Y que me costará todo eso, replicó Froissard, que á pesar de la curiosidad que tenia de saber la historia, comenzaba á pesarle haber comprometido su abadía.

— Eso os costará unos ocho dias, señor abad, respondió el caballero desconocido, y aun así á duras penas podreis trasladar á vuestros pergaminos todo lo que tengo que deciros.

— Yo tenia entendido, dijo Froissard, que el Bastardo de Mauleon habia jurado no referir á nadie su historia.

—Sí, hasta encontrar un cronista digno de escribirlas; mas ahora Mosen Juan, ninguna razon tiene ya para ocultarla.

—En ese caso, observó el abad, ¿por qué no la escribis vos mismo?

—Porque hay para esto una pequeña dificultad, dijo el caballero, exhalando un suspiro.

—¿Cuál? preguntó Mosen Espaing de Leon.

—Esta, dijo el caballero arremangando con su mano izquierda la mano derecha, y poniendo en la mesa un brazo mutilado que terminaba en una tenaza de acero.

—¡Jesus! exclamó Froissard, temblando de alegría, ¿sereis vos por ventura?

—El bastardo de Mauleón en persona, á quien algunos llaman tambien Agenor el de la Mano de hierro.

—¿Y me contareis vuestra historia? preguntó Froissard, con el sobresalto de la esperanza.

—Tan pronto como acabemos de cenar, dijo el caballero.

—¡Bueno, bueno! exclamó Froissard, restregándose las manos; bien deciais vos, Espaing de Leon, monseñor Gastou Febo tendrá que esperarse.

Y aquella misma noche, de sobremesa, cumpliendo su palabra el Bastardo de Mauleon, comenzó á referir á Mosen Juan Froissard la historia que vá á leerse y que hemos copiado de un manuserito inedito sin tomarnos otro trabajo, segun nuestra costumbre, que el de poner en tercera persona una narracion escrita en primera.

## CAPITULO II.

**En el que se manifiesta como el bastardo de Mauleon, encontró entre Pinchel y Coimbra á un moro, del cual quiso informarse acerca del camino que debía seguir, y como el moro pasó sin contestarle.**

**E**n una hermosa mañana del mes de Junio de 1361, cualquiera persona que no hubiera temido salir al campo, con un calor de cuarenta grados, hubiera podido ver adelantarse por el camino de Pichel á Coimbra, en Portugal, un bulto andante que si acertásemos á pintarlo

nos quedarian muy agradecidos los hombres de estos tiempos.

No era un hombre , sino una armadura completa compuesta de un casco , de una coraza , brazales , quijotes , la lanza al hombro , la tarja al cuello , y todo esto sombreado por un penacho rojo sobre el cual asomaba la punta de la lanza.

Esta armadura caia á plomo sobre un caballo del que no se veian mas que cuatro patas negras y dos ojos encendidos , pues , así como el jinete , desaparecia bajo su arnes de guerra , cubierto con una mantilla blanca , gironada de paño rojo. De vez en cuando sacudia el noble bruto la cabeza , relinchando mas bien de rabia que de dolor , cuando algun tábano , lograba deslizarse entre los pliegues del burdo caparazon y lo hacia sentir su aguijon punzante.

Por lo que hace al caballero tieso y firme sobre los arzones como

si lo hubiesen clavado á la silla, mostraba en su arrogancia querer desafiar al ardiente calor que se desprendia de aquel cielo cobrizo, abrasando el aire y secando la yerba. Muchas personas que se hubiesen hallado en su caso, y sin que por esto nadie los hubiera tachado de menguada y débil complexion, se hubieran permitido levantar la enrejada visera semejante el interior del casco al de un hornillo; pero el impasible continente y la robustez del caballero manifestaba á las claras que hacia ostentacion aun en medio del desierto, de su vigoroso temperamento endurecido con los trabajos del militar.

Hemos dicho desierto, y á la verdad que el campo que atravesaba el caballero bieu merecia este nombre: era una hondonada la mas á propósito para reconcentrar en el camino los rayos mas ardorosos del sol; dos horas largas hacia que la calor era

tal que habia hecho huir á sus habitantes mas ásíduos: los pastores y los rebaños que mañana y tarde aparecen en ambas laderas para buscar algunos rastrojos y tallos de yerba frágil y amarilla, se habian refugiado detrás de los setos y matorrales y dormian á su sombra. En todo lo que alcanzaba la vista, se hubiera buscado en vano un viagero asaz atrevido, ó por mejor decir incombustible, para hollar aquel suelo que parecia compuesto de la ceniza de los peñascos calcinados por el sol. El solo animal viviente que probaba que una criatura animada podia vivir en semejante horno ardiendo, era la cigarra, ó mas bien, los millones de cigarras que pegadas á los guijarros ó asidas al tallo de las yerbas, ó descansando sobre alguna rama de olivo blanca de polvo, hacian oír su estridente y monotono zumbido: era su canto triunfal que pre-

gonaba la conquista del desierto, en el cual reynaban como absolutas soberanas.

No hemos hecho muy bien en asegurar que en vano á la simple vista se hubiera descubierto en el horizonte otro viajero que el que hemos procurado bosquejar, porque á cien pasos tras de él venia un segundo bulto no menos curioso que el primero, aunque de tipo enteramente distintos

Era un hombre de unos treinta años poco mas ó menos, seco, encorbado, de color de bronce, acurrucado mas bien que montado en un caballo tan flaco como él. Venia dormido en la silla, á la cual estaba asido con ambas manos y sin ninguno de los importantes pensamientos que tenian desvelado á su compañero, ni aun el de reconocer el camino, cuidado que abandonaba evidentemente á otro mas práctico sin duda, ó mas interesado que él en no perderse.

Sin embargo, fastidiado sin duda el caballero de llevar su lanza tan derecha y de mantenerse tan tieso en la silla, se detuvo para levantar la visera y dar salida al hirviente vapor que de su envoltura de hierro comenzaba á subirle á la cabeza, pero antes de ejecutar este movimiento, tendió los ojos en derredor de sí, á modo de hombre que ningun otro en el mundo parecia mas persuadido de que el valor no es menos estimable por ir acompañado de cierta razonable dosis de prudencia.

En este movimiento de rotacion fue cuando vió á su descuidado compañero, y cuando mirándole con mas atencion observó que dormia.

—Muzaron! gritó el caballero vestido de hierro despues de haber levantado preventivamente la visera de su casco, Muzaron, despiértate, bellaco, ó por la cruz de Santiago, como dicen los españoles, no llegarás á Coimbra con mi balija, ya

sea que la pierdas en el camino , ya que los bandidos te la roben ! Muzaron ! así durmieras toda tu vida, pícaro !

Pero el escudero , que tal era la categoría que con respecto al caballero gozaba aquel á quien acababa de apostrofar , el escudero, repetimos, dormia asaz profundamente para que el simple eco de la voz le despertase ; el caballero notó que seria menester valerse de medios mas enérgicos, con tanta mas razon, cuanto que el caballo del durmiente viendo que su frontero acababa de pararse , habia juzgado apropósito detenerse tambien: de manera que pasando Muzaron del movimiento á la quietud , podia gozar con mas comodidad de las dulzuras de su profundo sueño. Entonces el caballero desenganchó un pequeño cuerno de marfil con embutidos de plata que pendia de su tabalí , y aproximándolo á los lábios, con vigoroso aliento

dió tres ó cuatro sonidos que hicieron encabritarse á su caballo, y relinchar al de su compañero.

Esta vez Musaron se despertó sobresaltado.

—¡Hola ! gritó, empuñando una especie de alfange , que traía pendiente á la cintura ; hola ! ¿ quién vá ? , ladrones ; hola ! ¿ qué pedís , gitanos ? Atrás , hijos del demonio, atrás , si no quereis que os abra en canal.

Y el valeroso escudero blandia su espada á derecha é izquierda , hasta que notando que no hendia mas que el viento , se detuvo y miró á su señor con aire asombrado:

—¡ Eh ! ¿ qué es lo que hay ? Mosen , Agenor ? preguntó abriendo tamaños ojos ; donde están los que nos atacan ? ¿ se han desvanecido como el humo , ó los he aniquilado yo antes de despertarme del todo ?

—Hola , bellaco , dijo el caba-

Hero, que estabas durmiendo y que al dormir dejas que mi escudo vaya arrastrando hasta la punta de la correa, lo cual es muy poco honroso para las armas de un buen caballero. Vamos, vamos, acaba de despertarte, ó te rompo mi lanza sobre las costillas.

Musaron cabeceó un poco con aire bastante impertinente.

—A fé mia, Mosen Agenor, que hareis perfectamente, pues al menos habreis roto una lanza en nuestro viage. En lugar de oponerme á vuestro proyecto, os invito de todo corazon que lo pongais por obra.

—¿Qué quieres decir, bellaco, exclamó el caballero.

—Quiero decir, contestó el escudero aproximándose con socarrona negligencia, que van diez y seis dias, los mayores del año, que cabalgamos en España, en un pais tan lleno de aventuras segun deciais al partir, y el único enemigo con quien hasta aho-

ra hemos tropezado ha sido el sol , y las moscas ; y la única ganancia el polvo y las ampollas. ¡Voto vá sanes, que tengo hambre, Mosen Agenor ; ¡voto vá sanes, que tengo sed, Mosen Agenor de mi ánima! ¡Voto vá sanes! Mosen Agenor que tengo el bolsillo vacío! es decir que me asaltan las tres plagas mayores de la tierra, y no veo yo venir esos grandes botines de moros infieles que tanto me habeis ponderado , y que asi deben enriquecer nuestros cuerpos como salvar nuestras almas ; y respecto á los cuales habia formado magníficos castillos en el aire, allí en nuestro pais de Bigorre, antes de ser escudero vuestro, y mucho mas desde que lo soy.

—¿Te atreverás á quejarte por ventura , cuando yo no me quejo.

—Casi estoy por decir que no me faltaria motivo para ello, y no por cierto por falta de valor. Nuestros últimos francos han volado entre los

armeros de Pinchel por aguzar vuestra hacha, afilar vuestra espada y limpiar vuestra armadura, y en verdad, no nos falta otra cosa sino tropezar con los salteadores de caminos.

—Cobarde!

—Entendámonos, señor Agenor; yo no digo que temo su encuentro.

—Pues qué es lo que dices?

—Que lo deseo.

—Por qué?

—Porque nosotros robábamos á los ladrones, dijo Musaron con la sonrisa socarrona, que constituía el principal rasgo de su fisonomía.

El caballero alzó su lanza con la bien conocida intencion de dejarla caer sobre las costillas del escudero, que á la sazón llegó bastante cerca de él para que eusayase con fruto semejante correccion, pero el buen escudero con un pequeño movimiento ejecutado con tanta des-

treza que parecía serle habitual, esquivó el golpe mientras que con su mano detenía la lanza.

—Cuidado, Mosen Agenor; no gaste vuesa merced esas chanzas, tengo los huesos muy duros y poca carne encima, de modo que al golpe podrias romper la lanza y seria preciso hacernos de otra ó presentarnos á don Fadrique con la armadura incompleta, lo que seria humillante para el honor de la caballería bearnesa.

—Silencio, hablador maldito! Harto mejor harías, ya que es absolutamente preciso que charles, trepar por ese pecho arriba y decirme qué es lo que se vé desde lo alto.

—Ab! exclamó Musaron; ¡si este monte fuese aquel en que Satanás trasportó al Señor para tentarle, y si encontrase yo alguno aunque fuese el diablo que por besarle la pezuña me ofreciese todos los reynos de la tierra.....

— Aceptarias, renegado?

— Con mucho gusto, señor.

— Musaron, repuso el caballero gravemente, chanceate con todo lo que tu quieras, menos con las cosas santas.

Musaron bajó la cabeza.

— Vuesa merced insiste dijo en que suba á ver lo que se distingue desde lo alto de esa colina?

— Ahora mas que nunca, ve, pues.

Musaron dando un pequeño rodeo el suficiente para mantenerse á respetable distancia de la lanza de su amo, subió la cuesta.

— Ah! exclamó cuando hubo llegado á lo alto. Dios mio, que es lo que veo? y se santiguó.

— Ea! Que es lo que vés? le preguntó el caballero.

— El paraíso ó poco menos, dijo Musaron sumido en éxtasis profundo.

— Descríbeme tu paraíso, repuso el caballero que estaba siempre te-

miendo ser víctima de alguna chanza de su escudero.

—Ah! monseñor, como quereis que os lo describa! hay bosques de naranjos con fruto de oro, un gran rio de olas de plata, y allá á lo último, la mar resplandeciente como un espejo de acero.

—Pues si tu ves la mar, repuso el caballero no apresurándose mucho á tomar parte en la magnífica perspectiva por el recelo de que al llegar á la cumbre de tan espléndido horizonte no se desvaneciese en vapor, como las ilusiones ópticas de que habia oido hablar á los peregrinos del Oriente; pues si tú ves la mar, Musaron, mucho mejor debes ver á Coimbra, que forzosamente, se halla entre la mar y nosotros, y si ves á Coimbra, hemos llegado al término de nuestro viaje; pues en Coimbra es á donde me aguarda mi amigo el gran maestro don Fadrique.

—Sí, sí, gritó Musaron, veo una

ciudad muy hermosa, y un alto campanario.

—Bien, bien, respondió el caballero comenzando á creer lo que le decia, y prometiéndose castigar de todas veras aquella chanza algo pesada, si por su mal lo fuese. Bien! esa es la ciudad de Coimbra, y la torre de la Catedral.

—Qué digo yo, una ciudad? que digo, un campanario? Ahora veo dos ciudades y dos campanarios.

—Dos ciudades! dos campanarios! exclamó el caballero llegando á su vez al alto de la colina. Hace nada que no teniamos bastante, y ahora vamos á tener de sobra.

—De sobra, decis bien, repuso Musaron, mirad, Mosen Agenor, una á la derecha y otra á la izquierda? Veis tambien el camino que al otro lado de ese limonar se separa en forma de horquilla? Cuál de las dos ciudades es Coimbra? ¿Cuál de los dos caminos de bemos seguir?

—En efecto, dijo el caballero, he ahí un nuevo apuro en el que no habíamos pensado.

—Y tanto mayor, añadió Musaron, cuanto que si por desgracia tomamos el camino del falso Coimbra será difícil encontrar en nuestro bolsillo con que pagar la posada.

El caballero tendió por segunda vez los ojos en derredor con la esperanza de encontrar alguna persona que pudiese orientarle.

—Mal haya este país, exclamó: ó por mejor decir, este destierro! porque cuando uno habla de país se supone un lugar habitado por otros seres que por lagartijas y moscas. Oh! ¿en dónde está Francia, continuó exhalando uno de esos suspiros que algunas veces se escapan aun de los corazones menos melancólicos al recuerdo de la patria; en dónde está Francia, en la que siempre se encuentra una voz amiga que indique el camino que se debe seguir?

—Y un tarro de leche para remojar el gazzate ! Eso es lo que tiene el abandonar el pais natal. ¡Ah señor Agenor , con mucha razon , dice vuesa merced. « ¡ Francia , Francia !

—Calla , bruto , exclamó el caballero que queria decir para sí lo que Musaron proferia en voz alta , pero que al mismo tiempo no queria que Musaron dijese en voz alta lo que él pensaba en voz baja. Calla.

No se dió Musaron por entendido , pues bastante á fondo debe conocerle el lector para saber que no tenia por costumbre obedecer ciegamente á su dueño. Continuó , pues , como respondiéndose á su propio pensamiento.

—Y por otra parte , ¿ quién ha de socorrernos ni saludarnos siquiera , hallándonos solos en esta condenada tierra de Portugal ? Oh ! ¡ qué hermoso , que agradable , que imponente , y sobre todo , qué cómodo es para

vivir el formar parte de las grandes compañías de aventureros! Oh! señor Agenor! que no formásemos ahora parte de alguna gran compañía apostada en el camino de Languedoc ó de la Guiena.

—Razonais como un bandolero, maese Musaron.

—Como lo soy, ó mejor dicho como lo era antes de entrar en el servicio de vuesa merced!

—Alábate de eso, miserable.

—No digais mal de ellos, señor Agenor, porque los bandoleros, como los llamais, han encontrado el medio de comer y de pelear á un tiempo; y esta es una ventaja que nos llevan; nosotros no peleamos, es verdad, pero en cambio tampoco comemos.

—Todo esto no nos dice cual de las dos ciudades es Coimbra.

—Decís bien, dijo Musaron, pero hé allí quien acaso nos lo pueda decir.

Y señaló con el dedo una nube de polvo que levantaba una pequeña carabana que venia á cosa de media legua detrás de ellos, siguiendo el mismo camino. En medio de la polvareda, el sol hacia relumbrar una cosa de tiempo en tiempo como si fuesen lentejuelas de oro.

—Ah! exclamó el caballero, hé ahí en fin lo que buscamos.

—Sí, dijo Musaron, hé ahí los que nos buscan.

—Ahora poco deseabas topar con ladrones.

—Pero no con muchos, contestó Musaron. En verdad parece que el cielo quiere colmarnos de bienes. Yo pedia á Dios que nos mandase por aqui tres ó cuatro ladrones y nos viene un ejército: le pediamos una ciudad y he ahí que nos da dos. Vamos, señor caballero, continuó Musaron acercándose á su amo: reunámonos en consejo y emitamos nuestra respectiva opinion; dos parece-

res saben mas que uno , bien lo sabeis. ¡ Ea ! decid el vuestro.

— Mi parecer , respondió el caballero , es penetrar en ese limouar , por medio del cual pasa el camino , y que nos ofrece sombra y seguridad á un tiempo. allí aguardaremos , prontos á atacar ó defendernos.

— ¡ Oh , consejo lleno de prudencia , exclamó el escudero con acento franco y burlon á medias ! consejo al cual me adhiero sin discusion alguna ! ¡ sombra y seguridad ! es precisamente lo que yo pedia en este momento. ¡ Sombra es la mitad del agua ; seguridad las tres cuartas partes del valor. Entremos , pues , en el limonar , señor Agenor , y entremos cuanto antes.

Pero entrambos viageros habian hecho la cuenta sin sus caballos. Los pobres animalès estaban tan fatigados , que á fuerza de espolazos solo lograron que fuesen al paso. Por fortuna esta pesadez no tenia otro in-

conveniente que el de dejar espuestos por mas largo tiempo á los viajeros al ardor de los rayos del sol. El peloton de gente contra el que tomaban aquellas medidas de precaucion estaba bastante lejano para que hubiesen podido ser vistos. Luego que llegaron al bosque, procuraron ganar el tiempo perdido. Al punto echó Musaron pie á tierra, y tan molido estaba su caballo, que se tendió á la larga casi al mismo tiempo que él: el caballero se apeó tambien, tiró las riendas del troton en manos del escudero y se sentó al pie de una palmera que se elevaba orgullosa como la reina de aquel oloroso bosquecillo.

Musarron ató el caballo á un árbol y se puso á buscar algo de comer en aquel bosque. A los pocos instantes volvió con una docena de bellotas dulces y dos ó tres naranjas, ofreciendo las primeras al caballero que le dió las gracias con la cabeza.

— ¡Ah! bien sé yo, dijo Musarrou, que todo esto no es muy confortativo para gente que acaba de andar cuatrocientas leguas en diez y seis jornadas, pero ¿qué quereis, señor? no hay mas que tener paciencia: hoy nos presentaremos al muy ilustre señor don Fadrique, gran maestro de Santiago, hermano poco menos del señor don Pedro, rey de Castilla, y si cumple la mitad tan solamente de lo que promete en su carta, á nuestra vuelta tendremos caballos de refresco, mulas con cascabeles que llamen la atención de los pages, vestidos que deslumbren la vista, y veremos acudir tras de nosotros las mejores mozas de las posadas, los arrieros y los mendigos; á los unos le daremos vinos y á los otros fruta; los mas cicaterós nos abrirán sus casas sin mas que por tener la honra de que nos alberguemos en ellas. Nada nos faltará, porque de nada tendremos necesidad, pero entre

tanto es menester mascar bellotas y chupar naranjas.

—Pues bien, así será; señor Musaron dijo el caballero sonriendo; dentro de un par de dias tendreis todo cuanto acabais de decir, y esta comida será vuestro postrer ayuno.

—¡Dios os oiga! señor; respondió alzando á los cielos sus ojos que manifestaban desconfianza, al mismo tiempo que se quitaba su casco sobre puesto de una larga pluma de águila de los Pirineos; yo haré los mayores esfuerzos por ponerme al nivel de mi fortuna, y para eso no tendré necesidad mas que de sobrepormme á las miserias pasadas.

—Ba, dijo el caballero: las miserias pasadas son las que labran nuestra futura felicidad.

—Amen, dijo Musaron.

Apesar de esta conclusion enteramente religiosa, Musaron, sin duda, iba á continuar la conversacion sobre cualquier otro punto, cuando oyó

resonar á lo lejos y de improviso el sonido de las campanillas, el trote de una docena de caballos ó de mulos, y el ruido que producen las armas.

—«Alerta, alerta! dijo el caballero, aquí está la gente. ¡Diablos! como adelantan! parece que sus cabalgaduras están menos cansadas que las nuestras!

Dejó Musaron sobre la frondosa yerba el resto de sus bellotas y un limon que le quedaba, y fué á tenerle el estribo á su amo que en un decir Jesus se vió montado con la lanza en la mano.

Entonces desde el medio de los árboles donde habian hecho esta pequeña parada vieron aparecer en la cima de la colina unos cuantos viajeros, montados en arrogantes mulas y ricamente vestidos, unos á la española y otros á la morisca. Después de este primer peloton venia un hombre que parecia el gefe de to-

ños, y que estaba tan embozado en un albornoz de fina y blanca lana con borlas de seda, que no dejaba á la impresion del aire mas que dos ojos brillantes, detrás de aquel antemural que se habia proporcionado.

—Eran todos, incluso el gefe, una docena de hombres, robustos y bien armados, y seis mulas de carga conducidas por cuatro mozos. Marchaban los doce hombres á la cabeza como hemos dicho; despues venia el señor ó caudillo, y detrás de este, formando la retaguardia, las seis mulas y los cuatro mozos, en medio de los cuales aparecia una litera de madera pintada, dorada, herméticamente cerrada con cortinas de seda y que recibia algunas corrientes de aire por unos cuantos agujeros practicados en un pequeño friso tallado que la rodeaba. Dos mulas no comprendidas en la numeracion que acabamos de hacer conducian esta litera y marchaban al paso.

Este grupo que ya se iba aproximando, era el que formaba aquel estrépito de campanillas y casca- beles.

—Oh! por esta vez, dijo Musaron algun tanto admirado, he ahí unos verdaderos moros, y creo haber hablado demasiado. Señor, mirad qué negros son! Jesus! cualquiera diria que son los guardias de corps del diablo. Y que vestidos tan lujosos y ricos traen los perros descreidos. ¡Qué lástima, señor, que ellos no fuesen menos, ó que nosotros no fuésemos mas. Yo creo que no hubiera llevado á mal el cielo que todas sus riquezas viniesen á manos de dos buenos cristianos como nosotros; he dicho riquezas, y he dicho bien, pues, si no me engaño, todos los tesoros de ese infiel deben venir en aquella caja de madera pintada y dorada, hácia la cual vuelve á cada instante la cabeza.

—Silencio! dijo el caballero, no

reparas que están consultándose entre sí, y que dos pajes armados han tomado la delantera al parecer con ánimos de atacarnos? Vamos, vamos, prepárate á dar conmigo un golpe de mano, si es preciso. Y dame el escudo para que aprendan, si la ocasion se presenta, lo que es un caballero de Francia.

—Señor, respondió Musaron que parecia algo menos dispuesto que su amo á tomar una actitud hostil, creo que estais equivocado: esos señores moros no pueden pensar en atacar á dos hombres inofensivos: reparad; uno de los dos pajes ha ido á consultar con su amo, y aquella figura embozada no ha dado orden ninguna, sino que únicamente ha hecho señal de seguir adelante. Ah! mirad señor, como prosiguen su camino, sin haber aprestado sus flechas... únicamente echan mano á la espada, y creo que por el contrario son amigos que el cielo nos envia.

—Amigos y son moros ! ¿ qué has hecho de la religion ? maldito pagano ?

Musaron conoció que habia dado motivo á semejante andanada , y bajó respetuosamente la cabeza.

—Perdonadme , señor , dijo ; me he equivocado cuando he dicho amigos : ya sé yo muy bien que un cristiano jamás puede ser amigo de un moro ; he querido decir consejeros , porque yo creo que está permitido recibir consejos de todo el mundo , cuando los consejos son buenos ; voy á preguntar á esos buenos señores , y ellos nos indicarán el camino que debemos seguir.

—Está muy bien , que me place , y te lo mando con tanto mas motivo , quanto que si mal no me engaño , pasan un poco altaneros delante de mí , y el gefe , á lo que me parece , no ha respondido al cortés saludo que le he hecho con la punta de milanza ; vé , pues , á hablarle

y preguntale cortésmente cuál de esas dos ciudades es Coimbra; añadirás que vas de parte de Mosen Agenor de Mauleón, y en cambio de mi nombre pedirás el suyo á ese caballero moro: vé.

Musaron, que queria presentarse ante el gefe del peloton con todo el aparato posible, trató de levantar su caballo; pero hacia tanto tiempo que el animal no habia disfrutado de sombra ni de yerba, y le parecia tan cómodo, y sobretodo tan agradable, el pacer echado como estaba, que el escudero no pudo lograr que se pusiese en pie siquiera por un instante: entonces Musaron tomó el partido de valerse de sus piernas y corrió á alcanzar á los viajeros quienes habiendo continuado su camino, durante la discusion, iban á desaparecer en la sinuosa pendiente y entre unos olivares.

Mientras Musaron corria para cumplir su mensaje, Agenor de Mau-

leon tieso en su silla , firme en sus estribos , inmóvil como una estatua ecuestre , no perdía de vista al more y á sus compañeros: bien pronto vió detenerse aquel caballero á la voz del escudero: detúvose tambien su escolta: todo los que la componian parecian vivir con la vida de su gefe , y como si hubiesen sido advertidos de sus deseos por una voz interior , no habian menester ni aun de una sola señal para obedecer á su voluntad.

El tiempo era tan sereno , y reinaba tan profundo silencio en toda la naturaleza que descansaba adormecida por la calor del cielo , y era la brisa del mar tan suave , que sin obstáculo ninguno traía á los oidos del caballero las palabras de Musaron , que desempeñaba su cargo , no solo como fiel , sino como habil embajador.

— ¡ Salud á vuestra señoria ! dijo , salud en primer lugar de parte

de mi señor el afamado y valeroso Mosen Agenor de Mauleon que está esperando allá abajo sobre sus estribos la respuesta de vuestra señoría; salud despues de parte de su indigno escudero que se felicita sinceramente de que la casualidad le perinita elevar su voz hasta vos.

El moro le hizo con la cabeza un saludo grave y circunspecto, y escuchó en silencio el fin del discurso.

—Plazca á vuestra señoría indicarnos, continuó Musaron, cuál de los dos campanarios que se ven allá abajo es el de Coimbra; dignese tambien vuestra señoría si lo sabe, decirme cuál entre todos esos bellos alcázares de una y otra ciudad es el del ilustre gran maestro de Santiago, amigo y huésped impaciente del valeroso caballero que tiene el honor de demandaros por mi conducto ambas noticias.

—Para dar mas importancia Ma-

saron á su amo y á sí mismo pronunció en voz mucho mas alta las palabras relativas á don Fadrique. El moro, como para justificar su habilidad, escuchó con mucha atencion esta segunda parte del discurso, durante la cual brillaban sus ojos con ese fuego inteligente, peculiar á los de su nacion y robado al parecer á un rayo del mismo sol.

Mas con todo, no dió mas respuesta á esta segunda parte que á la primera, y despues de un momento de reflexion, saludándole con la cabeza como lo habia ya hecho, dijo á su comitiva uua sola palabra árabe pronunciada con acento imperioso y gutural, y la vanguardia se puso de nuevo en marcha: el moro espoleó su mula y la retaguardia en medio de la cual iba la litera cerrada le siguió á su vez.

Musaron permaneció un instante en aquel mismo sitio como estupe-

facto y corrido. Por lo que toca al caballero no comprendia ni mas ni menos que su escudero la palabra árabe, pronunciada, y por lo tanto ignoraba si esta se habia dado por respuesta á su escudero, ó dirigida por el moro á su comitiva.

— ¡ Ah ! exclamó de repente Musaron, que no queria convencerse asimismo de que le hubiesen hecho semejante injuria: el moro no entiende el francés, y esa y no otra es la causa de su silencio ! Yo hubiera debido hablarle en castellano.

Pero como el moro estaba ya muy lejos para que Musaron pudiese alcanzarle á pie, y como por otra parte prefiriese el discreto escudero una duda consoladora á una humillacion cierta, volvió al lado de su amo.

## III.

**En el que se refiere de qué modo el caballero Agenor de Mauleon encontró á Colmabra y el palacio de D. Fadrique, gran maestro de Santiago, sin la ayuda del moro.**

**E**nfurecido Agenor de lo que acababa de oír y le repitió su escudero, tuvo momentáneamente la idea de obtener por la fuerza lo que el moro había negado á su cortesanía. Pero luego que hizo sentir la espuela á su caballo para correr detrás del impertinente sarraceno, el pobre animal, mostró tan poca disposición de secundar los deseos de

su señor , que el caballero tuvo que detenerse en el repecho cubierto de guijarros de que se componia la vereda apenas indicada. Por otra parte, la retaguardia del moro observaba los movimientos de los dos francos, y se detenia por intervalos á fin de no verse sorprendido.

—Mosen Agenor , exclamaba Musaron alarmado con esta demostracion , á la cual , sin embargo, el cansancio del caballo , quitaba hasta el menor asomo de peligro ; Mosen Agenor ¿ no os he dicho ya que ese moro no entendia el francés , y no os he revelado tambien que escandalizado de su silencio me habia asaltado la idea de hablarle en español, pero cuando se hallaba ya lejos para que semejante idea pudiera ser puesta por obra ? De suerte que , no es suya la culpa , sino mia que no se me ocurrió antes tan feliz idea. Además , añadió al ver que el caballero se habia visto obligado á dete-

nerse , además estamos solos, y vuesa merced ya vé que su caballo está molido del todo.

Mauleon movió la cabeza.

—Todo eso está muy bueno , dijo; pero el moro no ha obrado bien , nada tiene de extraño que no entendiese el francés , pero en todos los países del mundo entiende cualquiera el idioma universal del gesto. Ahora bien , al pronunciar la palabra *Coimbra* , tú has indicado alternativamente las dos ciudades , y él ha debido por necesidad comprender que le preguntabas el camino que á ella conducia. Seguro és que á estas horas no puedo ya dar alcance á ese moro insolente mas por la saugre de Cristo que clama venganza contra esos infieles , me las ha de pagar si vuelvo á encontrarle.

Al contrario, señor, dijo Musaron, en quien la prudencia no estaba reñida con el valor ni con la enemiga mas declarada: al contrario , oja-

lá le encontréis otra vez, pero con otras condiciones; encontrarle de hombre á hombre con los criados que custodian su litera, por ejemplo. Vuesa merced se encargaria del amo, y yo de los criados, y en seguida averiguaríamos qué cosa es la que guarda en aquella caja de madera dorada.

— Algun ídolo sin duda, respondió el caballero.

— O tal vez su tesoro, dijo Musaron; algun gran cofre con tantos diamantes, perlas y rubíes, que se pueda sepultar en ellos las manos, porque estos malditos infieles conocen á las mil maravillas los conjuros con cuya ayuda se encuentran los mas escondidos tesoros. Oh! si nosotros hubiéramos sido seis solamente, ó cuatro siquiera, ya os hubiéramos hecho ver lo que es bueno, señor moro. Ah! Francia, Francia, prosiguió Musaron, ¿en dónde estás? Valientes campeones, ¿dónde estáis?

Ilustres aventureros, camaradas nuestros, ¡que no os hubierais encontrado aquí!

—Pero ah! dijo repentinamente el caballero que habia estado reflexionando durante esta salida de su escudero; estoy pensando en...

—En qué? preguntó Musaron.

—En la carta de don Fadrique.

—Bien, y qué?

—Y qué! en esta carta tal vez se nos den algunas noticias sobre el camino de Coimbra, que yo eché en olvido.

—Ah! eso es hablar y pensar bien. La carta, señor Agenor, la carta, aun cuando no nos sirva mas que para alentarnos con las magníficas promesas que en ella se os hacen.

El caballero descolgó del arzon de su silla un pequeño rollo de cuero oloroso, del cual sacó un pergamino. Era la carta de don Fadrique conservada por él como pasaporte y talisman.

Hé aquí su contenido.

«Noble y generoso caballero don Agenor de Mauleon, ¿te acuerdas del magnífico bote de lanza que cambiastes en Narbona con don Fadrique, gran maestre de Santiago, cuando los castellanos fueron á buscar en Francia á doña Blanca de Borbon?»

—Quiere decir á madama Blanca de Borbon, interrumpió el escudero, moviendo la cabeza como hombre con pretensiones de comprender el idioma español, y que no desperdiciaba la menor ocasion de lucir sus conocimientos.

El caballero miró á Musaron de soslayo con esa espresion, con que solia acoger todas las fanfarronadas que se permitía su escudero. Luego fijó sus ojos en el pergamino, y continuó leyendo:

—«Te prometí no echarte en olvido, porque te portaste conmigo noble y generosamente.»

—El hecho es, interrumpió Mu-

saron por segunda vez, que vuesa merced pudo sepultarle bonitamente la daga en la garganta, como con tanto primor lo hizo en la del Motilon de Lourdes en el combate del paso de Larra, donde vuesa merced empezó su carrera de las armas; porque en aquel famoso torneo en que le hicísteis perder los estrivos, y cuando furioso por ello quiso continuar el combate con armas afiladas en lugar de las armas corteses de que hasta entonces os habíais servido, le teníais muy lindamente bajo vuestra rodilla, y en vez de abusar de la victoria le digísteis generosamente... Todavía me parece que oigo aquellas hermosas palabras: «Alzaos, gran maestro de Santiago, alzaos para honra y prez de la caballería castellana.

Y Musaron acompañó estas últimas palabras con un gesto magestuoso y por el cual, parodiaba el noble ademán que debió ostentar su se-

ñor en aquella solemne ocasión.

Si perdió los estribos, dijo Mauleon, culpa fue de su caballo que no pudo resistir el golpe. Esos caballos semi-árabes, semi-castellanos son mejores que los nuestros en la carrera, pero de menos resistencia en el combate: y si cayó á mis pies, culpa fue de su espuela que se enredó en la raíz de un árbol en el momento mismo en que yo le di un hachazo en la cabeza, porque don Fadrique es un caballero intrépido y valiente: Todo esto nada importa, continuó Agenor con un sentimiento de orgullo que no podia reprimir del todo la singular modestia que acababa de manifestar; el dia en que tuvo lugar este memorable torneo de Narbona, fue uno de los mas hermosos de mi vida.

—Sin contar que recibísteis la prez del combate de manos de madama Elanca de Borbon, y por cierto que la bondadosa princesa se puso tré-

mula y descolorida viendo que el torneo que preseució se habia trocado en verdadero combate. Sí, señor, continuó Musaron ténulo de gozo á la idea de las grandezas que á su amo y á él mismo le esperaban en Coimbra, teneis razon en asegurar que fue un dia magnífico, porque en él nació vuestra fortuna.

—Así lo espero, respondió modestamente Agenor, pero continuemos. Y prosiguió su lectura.

«Hoy te recuerdo la promesa que entonces me hicistes de ser mi hermano de armas; ambos somos cristianos, ven, pues, á mi lado en Portugal, ven á Coimbra que acabo de conquistar de los infieles. Yo te proporcionaré la ocasion de luchar incesantemente contra los enemigos de nuestra santa religion. Vivirás en mi palacio y en mi corte como si fueses mi hermano: vente, pues, querido hermano, porque he menester de un hombre que me ame, porque es-

toy cercado de astutos y peligrosos enemigos.

«Coimbra es una ciudad, cuyo nombre no debe serte desconocido, sita como llevo dicho en Portugal, á dos leguas de la mar y al márgen del Mondego; no tendrás que atravesar mas que países amigos; en primer lugar el Aragon, que es el primitivo dominio legado por don Sancho el Grande á don Ramiro que era hijo natural como tú y que fue un gran Rey, como tú, eres mi bizarro caballero; luego sigue Castilla la Nueva, que el rey don Alfonso VI comenzó á reconquistar de los moros; y cuyos sucesores han rematado la obra: luego viene Leon, teatro de las grandes azañas del ilustre don Pelayo, famoso caballero cuya historia te he referido. Por último entrarás en Portugal, donde te aguardo: no te acerques mucho á las montañas que verás á la izquierda, sino te acompaña una respetable escolta, y no te fies de los

judios y moros que encuentres en el camino.

«Adios; acuérdate de que por espacio de un dia yo me hice llamar en honra tuya Agenor, como tú por honrarme te llamaste al mismo tiempo Fadrique.

«Yo he vestido ese mismo dia tus colores y tú los míos, y así, de esta manera llevando tú mi banda, y yo la tuya, partimos hasta Urgel; escoltando á nuestra muy querida Reina doña Blanca de Borbon. Ven, pues, á mis brazos, don Agenor, porque tengo necesidad de un hermano y de un amigo. Ven!»

—Nada hay en esa carta, dijo Musaron que pueda servirnos de guia.

—Te equivocas, todo lo contrario, repuso Agenor; ¿no has oido que dice bien claramente que todo un dia llevé yo su banda?

—Y qué?

—Qué? sus colores eran amarillo y rojo; mira bien, Musaron, tú que

tienes los ojos tan perspicaces; mira á ver si en una de esas ciudades no hay un edificio sobre el cual tremole una bandera amarilla como el oro y encarnada como la sangre, y ese edificio será el palacio de mi amigo don Fadrique; y las casas que veas en derredor de la ciudad de Coimbra.

Musaron se llevó la mano sobre los ojos para defenderse de los rayos del sol que confundian todos los objetos en torrentes de luz formando un mar abrasador, y despues de mirar con la vista errante á derecha é izquierda, la fijó definitivamente en la ciudad, situada á la derecha del rio en una de las revueltas de su torcido curso.

— Mosen Agenor, en ese caso mirad á Coimbra; allá á la derecha, al pie de aquel cerro, y detrás de esta muralla de plátanos y aloes, porque sobre el principal edificio, ondea la bandera que habeis dicho, sola-

mente que en su centro aparece una cruz roja.

—La cruz de Santiago! exclamó el caballero, no puede ser otra. Pero ¿no te engañas, Musaron?

—Véalo vuesa merced.

—El sol es tan vivo que apenas distingo nada; guía un poco mis miradas.

—Hacia allí, señor, hacia allí: seguid el camino, allí, entre los dos brazos del río, ¿no veis que se separa en dos ramales?

—Sí.

—Pues, seguid el ramal de la derecha, y orillas del río, mirad la gente del moro entrando por una de las puertas de la ciudad: Mirad, mirad.

Precisamente en aquel momento los rayos del sol, que hasta entonces habian sido un obstáculo para los dos viajeros, vinieron al socorro de Musaron haciendo relumbrar como el fuego las armaduras morunas embutidas de oro.

— Bien, sí! yalo veo, dijo Agenor. En seguida, añadió despues de un momento de reflexion:

— Ah! el moro iba á Coimbra, y no ha querido comprender la palabra Coimbra..... Perfectamente! será preciso que la primera merced que me otorgue don Fadrique sea la de dejarme castigar su insolencia. Pero ¿cómo es, prosiguió el caballero hablando siempre consigo mismo, que un príncipe tan piadoso como don Fadrique, cuya dignidad le pone en primera línea entre los defensores de la religion, tolere á los moros en esa ciudad reciénconquistada, en esa ciudad de donde él mismo los ha arrojado?

— Qué quiere vuesa merced? respondió Musaron sin ser por nadie preguntado. No es don Fadrique, hermano natural del Rey don Pedro de Castilla?

— Bien, ¿y qué? preguntó Agenor.

— Qué! no sabeis por ventura, (y

esto me pasina, porque los rumores han llegado hasta la misma Francia.) no sabeis que la aficion á los moros es innata en esta familia? Dícese que el Rey, no puede pasarse sin ellos. Tiene consejeros moros, médicos moros, guardias de moros y moras, en fin, por queridas....

—Silencio, maese Musaron, dijo el caballero, y no os mezcléis jamás en negocios del Rey don Pedro, que es un gran príncipe y hermano del ilustre amigo.

—Hermano! hermano! murmuró Musaron; tambien he oido decir que era la suya una de aquellas fraternidades morunas que terminan para la cuerda ó por la cimitarra. Prefiero yo tener por hermano á Guillonet que apacienta las cabras en el valle de Andorra cantando:

En lo alto de la montaña

Un desdichado pastor:

que no al Rey don Pedro de Castilla.

A lo menos este es mi parecer.

—Posible es que sea ese tu parecer , pero el mio es que no digas una palabra mas sobre esta materia. Cuando se viene á pedir hospitalidad , no se debe hablar mal de aquellos de quien se solicita.

—Nosotros no vamos al palacio del Rey don Pedro , replicó el incorregible Musaron , sino al de don Fadrique , señor de Coimbra de Portugal.

—Vamos donde váyamos, quiero que no hables mas de esto.

Levantó Musaron su gorra blanca con borla eucarnada , y se inclinó con cierta risa socarrona que disimularon los largos cabellos, negros como el ébano, que caian sobre sus mejillas flacas y enhollinadas.

—Cuando su merced quiera marchar , dijo despues de un rato de silencio , su humilde servidor espera sus órdenes.

—A tu caballo contestó Mauleon, es á quien es preciso pedir licencia

para ello. En todo caso, si no quiere hacerlo le dejaremos ahí, y cuando oiga á la noche los ahullidos de los lobos tomará mas que de prisa el camino de la ciudad.

Como si el animal hubiese comprendido la amenaza que acababa de hacérsele, se levantó mas ligeramente de lo que se hubiera pensado, y vino á presentar á su amo la crucera empapada en sudor.

—Puesto que se ha levantado, partamos, dijo Agenor. Y se puso en marcha, levantando por segunda vez la visera de su casco que habia bajado cuando pasaba el moro.

Si el gefe árabe hubiese estado presente con su penetrante mirada hubiera podido distinguir por la abertura del casco la hermosa y noble fisonomía del caballero, aunque acalorada y cubierta de polvo; su mirada era firme, sus labios finos y rojos, sus dientes blancos como el marfil, su barba todavía sin vello, pero for-

mada con aquel vigor que anunciaba una voluntad enérgica y tenaz.

En suma, Mosen Agenor de Maulleon era un jóven y apuesto caballero, como él mismo podia decirsele, al mirarse en la tersa y brillante superficie del escudo que acababa de darle Musaron.

Este corto descanso habia devuelto algun vigor á las caballerías. Asi, pues, siguieron rápidamente su camino, indicado ya de un modo infalible por la bandera, que con los colores del gran maestre de Santiago tremolaba sobre el palacio.

Conforme iban avanzando veian salir por las puertas de la ciudad á sus habitantes, á pesar del calor que hacia. Oíase el resonante estruendo de las trompetas y el repique de las campanas que derramaban por los aires racimos de sonidos alegres y vibradores.

Si hubiese enviado delante á Mu-

saron , pensó Agenor , pudiera creer que todo este rumor y todas estas ceremonias se hacen en honra mia; pero por lisonjero que fuese este recibimiento para mi amor propio, es menester que atribuya á otra cosa todo este ruido.

Por lo que hace á Musaron , que veia en todo este ruido inequívocas señales de algazara, alzaba con júbilo su frente, prefiriendo en todo caso ser recibido por gente alegre, que no por gente triste.

Nuestros viageros no se equivocaban: reinaba en la ciudad la mas viva agitacion , y si el semblante de los habitantes no llevaba la risueña máscara de una alegría que al parecer queria imponerles el sonido de las campanas y la algarabia de las trompetas , cuando menos su fisonomía manifestaba que acababan de saber una importante é inesperada nueva.

Agenor y su escudero , no necesi-

taban preguntar por el camino , pues veian que les bastaba seguir á la muchedumbre que se dirigia hácia la plaza mayor de la ciudad.

En el momento mismo en que hendian la multitud para llegar á dicha plaza , y cuando Musaron repartia á derecha é izquierda algunos latigazos para abrir paso al noble señor que le seguia , vieron de repente alzarse delante de sus ojos, á la sombra de altas palmeras y de frondosos sicomoros, encorvados en la direccion que en los dias de tempestad les daban los vientos del mar, el magnífico alcázar morisco edificado por el Rey Mahamet , y servia de morada al jóven conquistador D. Fadrique.

Por grande prisa que tuviesen en llegar Agenor y su escudero, permanecieron un instante como asombrados ante el vasto y caprichoso monumento, bordado con el mas fino y delicado encaje de piedra, y todo in-

crustrado de mosaicos de mármol que parecian enormes piezas de topacios, záfiro y lapizlázuli montadas por algun arquitecto de Bagdad, para un paladio de Hadas ó de Huris.

El Occidente y aun aquella parte del Occidente que con respecto á España se llama el Mediodia de la Francia, no conocian aun otra arquitectura que sus catedrales romanas de Saint-Trophine y sus puentes y arcadas antiguos, pero no tenian ninguna idea de estas ojivas y molduras de granito, que cien años despues habia de tallar el Oriente en la fachada de las catedrales y en las cúpulas de las torres. Era, pues, magnífica la vista del alcázar de Coimbra, aun á los ojos de nuestros ignorantes y bárbaros abuelos, que despreciaban en aquella època la civilizacion árabe é italiana con que mas tarde debian enriquecerse.

Mientras que así permanecian inmóviles y absortos en su contempla-

cion, vieron salir por las dos puertas laterales del palacio, dos compañías de guardias, y pages conduciendo del diestro caballos y mulas.

Describiendo cada una de estas compañías un cuarto del círculo, vinieron á reunirse apartando delante de sí á la muchedumbre, y formando delante de la puerta del medio, á la cual se subia por una escalinata de diez gradas, un ancho espacio vacío en forma de arco, cuya cuerda era la fachada principal del palacio. La mezcla del lujo deslumbrador de Africa con la elegancia mas severa del traje del Occidente daban á este espectáculo un atractivo irresistible y cuya influencia sufrían Agenor y su escudero, al ver por un lado resplandecer el oro y la púrpura en los paramentos de los caballos árabes y trages de los moros, y por el otro la seda y el brocado, y sobre todo, esa noble altivez, incrustada, por decirlo así,

en el continente mismo de las cabalgaduras.

El pueblo al ver desplegar todo este espectáculo, victoreaba á mas y mejor como lo hace á presencia de todos los espectáculos.

De improviso apareció debajo del alto arco asiligranado que formaba la puerta principal del alcázar, la bandera del gran maestro de Santiago acompañada de seis guardias y llevada por un robusto alférez, y vino á colocarse en el centro del espacio vacío.

Agenor comprendió que don Fadrique iba á salir en procesion por las calles á emprender algun viaje de una á otra ciudad, y á pesar de la penuria de su bolsa estuvo tentado por ir á buscar una posada y esperarle hasta la vuelta, porque no queria turbar con su importuna presencia el orden de aquella salida.

Pero en el mismo instante y por una de las bóvedas laterales vió salir

la vanguardia del moro, y despues aquella famosa litera de maderas dorada, siempre cerrada y siempre columpiándose sobre los lomos de blancas mulas y que daba tan vivas y religiosas tentaciones á Musaron.

Por último, un estrépito mayor de bocinas y trompetas anunció que el gran maestro iba á salir, y veinte y cuatro músicos formados á ocho en fondo se adelantaron á su vez desde la bóveda hasta las últimas gradas, por las que descendieron siempre tocando.

Tras de ellos se abalanzó brincando un perro de los mas fuertes y sueltos de la sierra, de hocico agudo como el de un oso, de ojos vivos como los del lince, y de piernas nervudas como las del gamo. Todo su cuerpo estaba cubierto de pelo liso y largo como la seda, y que irradiaba al sol con reflejos argentados: tenia al cuello un ancho collar de oro esmaltado de rubies con un pequeño cascabel del

mismo metal. Revelábase su alborozo por brincos y saltos, y estos tenían un objeto visible y otro oculto. El objeto visible era un caballo blanco como la nieve, cubierto con una mantilla de púrpura y brocado, el cual respondia á sus caricias con fogosos relinchos: el objeto oculto era sin duda algun noble caballero detenido aun bajo la bóveda, en la cual desaparecia el perro con impaciencia para volver brincando y saltando algunos segundos despues.

En fin aquel por quien relinchaba el caballo y saltaba el perro, y por quien el pueblo victoreaba, apareció á su vez, y un solo grito resonó repetido por mil voces:

—¡Viva D. Fadrique!

—Efectivamente: Don Fadrique salió hablando con el caudillo moro que iba á su derecha, mientras que un page de semblante donoso, aunque sus negras cejas y la lijera contraccion de sus rojos lábios daban á sus

facciones cierta espresion de firmeza, marchaba á su izquierda, teniendo abierta una bolsa llena de monedas de oro, en la cual al llegar á la primera grada metió D. Fadrique la mano blanca y delicada como la de una mujer, y á puñados derramó el oro en lluvia deslumbradora sobre las agitadas cabezas de la multitud que redobló sus gritos á aquella prodigalidad á que no estaba acostumbrado bajo el gobierno de los predecesores del nuevo señor.

Era este de tal estatura, que aun á caballo mismo parecia magestuosa. La mezcla de sangre de los gaulas con la española le habia dado largos cabellos negros, ojos azules y una tez blanca; y de sus ojos azules salian miradas tan dulces y bondadosas, que muchos, por no perderle un solo instante de vista, no pensaron siquiera en recoger las monedas; y en torno del palacio vibraba el aire con millares de bendiciones.

De pronto, y en medio de aquel gozo expansivo, fuese casualidad, fuese sentimiento de perder aunque momentáneamente un señor tan bueno y tan querido, las trompetas y bocinas que habian callado un instante, hicieron oír de nuevo sus sonidos; pero en lugar de los alegres y bulliciosos que habian despedido, no arrojaron mas que un aire triste y melancólico mientras que las campanas, moderna invencion para servir de intérpretes entre Dios y los hombres, hicieron sentir en lugar de su vivo y brillante volteo, un tañido sordo, lúgubre, prolongado parecido al toque de rebato.

Al mismo tiempo el perro alzándose delante de su amo, apoyó las manos sobre su pecho, y dió un ahullido tan sombrío, tan prolongado y tan lastimero, que los mas valientes no pudieron menos que estremecerse.

La multitud permaneció muda, y

en medio de este silencio gritó una voz:

—»¡ No salgais , gran maestre, quedaos con nosotros , D. Fadrique.»

Pero nadie pudo saber quien daba este consejo.

A este grito , Agenor vió que el moro se estremeció , y que su semblante tomó un color de tierra que es la palidez de esos hijos del sol: mientras que su mirada inquieta procuraba leer hasta en el fondo del corazon de D. Fadrique la respuesta que iba á dar á aquel terror general , á aquel grito aislado.

Pero D. Fadrique acariciando con la mano al perro que abullaba , haciendo una señal llena de dulzura á su page , y saludando con triste sonrisa á la multitud que le miraba con ojos suplicantes y las manos cruzadas le dijo:

—Amigos míos: el Rey mi herma-

no me manda ir á Sevilla, donde me esperan fiestas y torneos en regocijo de nuestra reconciliacion. En lugar de querer impedirme que me reuna á mi hermano y á mi Rey, debeis bendecir la perfecta conformidad de dos hermanos.

Pero en vez de acoger el pueblo estas palabras con alegria, las escuchó con sombrío silencio. El page dijo en voz baja algunas palabras á su señor, y el perro continuó ahullando.

Entre tanto el moro no perdía de vista ni al pueblo, ni al page, ni al perro, ni al mismo D. Fadrique.

De improviso apareció en la frente del gran maestre una especie de sombra. El moro creyó que titubeaba.

—Señor, le dijo, ya sabeis que todo hombre tiene de antemano escrito su destino: los unos en el libro de oro y los otros en el libro de

hierro: el vuestro está escrito en el de oro; cumplid, pues, con osadía vuestros destinos.

Don Fadrique alzó los ojos que tenía por un instante fijos en el suelo, como si entre aquella muchedumbre quisiese encontrar un semblante amigo, una mirada que le alentase.

Precisamente en aquel mismo instante, Agenor se empinaba sobre sus estribos para no perder ni la menor circunstancia de la escena que pasaba á su vista, y como si hubiese adivinado lo que el gran maestro buscaba, alzó con una mano la visera de su casco, y con la otra agitó la lanza.

El gran maestro lanzó un grito de alegría, sus ojos brillaron, y una sonrisa alegre nacida en sus labios sonrosados como los de una jóven, se desparció por su semblante.

— ¡Don Agenor! exclamó tendiendo la mano hácia el caballero.

Como si el page tuviese el derecho de leer en su corazón, no necesitó oír mas, y dejando su puesto que era al lado de D. Fadrique corrió hácia el caballero, gritándole: «¡ Venid! don Agenor, venid!»

Abrióle paso la muchedumbre, porque amaba todo lo que amaba don Fadrique: al mismo tiempo todas las miradas se fijaron en el caballero á quien el gran maestro acogia con tanto gozo, como Tobías al divino compañero que le enviaba el cielo.

Agenor echó pie á tierra dejando la brida de su caballo en manos de Musaron; dióle su lanza, colgó el escudo en el arzon delantero de la silla y atravesó por medio de la multitud, guiado por el page.

El moro se puso otra vez pálido. Acababa de reconocer al mismo caballero francés que habia encontrado en el camino de Coimbra y al escudero á quien no habia contestado.

Entre tanto D. Fadrique habia abierto sus brazos á Agenor , y este se habia arrojado en ellos con toda la efusion de un corazon de veinte años.

Daba gozo ver á estos hermosos jóvenes cuyo rostro expresaba todos los nobles sentimientos que tan rara vez completan la imágen de la belleza sobre la tierra.

—¿ Me acompañas ? preguntó D. Fadrique á Mauleon.

—A todas partes , respondió el caballero.

—Amigos míos , repuso el gran maestre con aquella voz vibrante y sonora que formaba el encanto de la multitud , ya puedo partir , y nada teneis que temer : mi hermano , mi amigo D. Agenor de Mauleon , la flor de los caballeros franceses , me acompaña.

Y á una señal del gran maestre , los atambores batieron marcha , y las trompetas hicieron oír una ale-

gre tocata: el escudero trajo á D. Fadrique su hermoso caballo blanco, y todo el pueblo gritó á una voz:

— ¡ Viva D. Fadrique , gran maestro de Santiago ! ¡ viva el caballero francés D. Agenor !

En aquel momento el perro de D. Fadrique miró frente á frente al caballero y al moro ; á este le mostró los dientes con un ladrido sordo y amenazador , y al caballero le hizo mil caricias.

El page pasaba la mano por el cuello del noble animal , sonriendo con tristeza.

— Señor , dijo Agenor al jóven príncipe ; cuando me rogásteis que os siguiese y os respondí que sí , no he consultado sino á mi celo , como lo he hecho para venir desde Tarbes hasta aquí ; pero de Tarbes hasta aquí he tardado diez y seis dias , que es una marcha bastante regular ; así mis caballos están muertos de

fatiga, y es seguro que no podrán acompañar por mucho tiempo á vuestra señoría.

—¿Pues qué, exclamó D. Fadrique, no te he dicho que mi alcázar era el tuyo? Mis armas y mis caballos tuyos son igualmente, como todo lo que hay en Coimbra: vé, pues, á elegir en mis caballerizas los que gustes para tí, y las mulas que te acomoden para tu escudero; pero no, deja, no me abandones un solo instante; Hernando se encargará de todo; ve, y haz que ensillen á mi caballo de guerra, y pregunta al paso al escudero de D. Agenor si quiere un caballo ó una mula. En cuanto á tus monturas, si las aprecias tanto como todo caballero estima las suyas, vendrá á la retaguardia y se cuidará bien.

El page dió un salto y desapareció.

Mientras tanto el moro que creía que se iba á emprender la marcha,

habia bajado para vigilar la litera y dar algunas órdenes á los que la custodiaban , pero viendo que la partida se retardaba y que los dos amigos , ya solos , se disponian á hacerse algunas mútuas confianzas, volvió precipitadamente á su lado, ocupando su sitio cerca del gran maestro.

— Sr. Mothril , dijo este , el caballero que veis es uno de mis amigos; ó mas bien es mas que un amigo, es mi hermano de armas. Viene conmigo á Sevilla para que sea uno de los capitanes de la guardia de S. A. el Rey de Castilla, y si el Rey despues de habérselo ofrecido, consiente en que no se aparte de mi lado , yo lo bendeciré , porque es una lanza que no tiene igual y un corazon que vale mas que su lanza.

El moro respondió en español aunque su pronunciacion se resintiese de aquel acento gutural que Age-

nor habia notado ya , cuando en el camino de Coimbra pronunció aquella sola palabra árabe despues de la cual habia seguido su marcha.

— Doy gracias á vuestra señoría de haberme dado á conocer el nombre y cualidad de este caballero , pero la casualidad me habia presentado ya al noble francés. Por desgracia un estrangero , un viajero , cuando descende como yo de una raza enemiga , debe desconfiar las mas veces de la casualidad: por esto no acogí con la cortesía debida á D. Agenor cuando le encontré en la montaña.

— ¡ Hola , hola ! dijo D. Fadrique con curiosidad , conque os habeis entrado ?

— Si señor , repuso Agenor en francés , y confieso que me ofendió bastante la indiferencia del señor moro á responder á una simple pregunta que le hice por medio de mi escudero para que me enseñase el ca-

mino. Nosotros somos mas corteses allende los Pirineos con los estrangeros nuestros huéspedes.

— Señor, respondió Motkril en español, estais equivocado en un punto; los moros están aun en España, es verdad, pero no en su patria; y del lado acá de los Pirineos, si se exceptúa Granada, no son ya mas que huéspedes de los españoles.

— ¡Calle! dijo por lo bajo Musaron, que insensiblemente se habia llegado hasta las gradas, parece que ahora entiende el francés.

— Ahora bien; desvanézcase esta pequeña nube entre vosotros: el señor Motkril, amigo y consejero de mi señor el Rey de Castilla, creo que interpondrá todo su favor para el caballero de Mauleon, amigo y hermano de su hermano.

El moro se inclinó sin responder, y como Musaron deseoso siempre de saber lo que habia en la litera, se acercaba á ella mas de lo que Mot-

kril hubiera deseado, tornó este á bajar por la escalera y so pretesto de ir á dar á sus criados alguna orden olvidada fué á colocarse entre la litera y el escudero.

Don Fadrique se aprovechó de este corto momento para inclinarse hácia Agenor y decirle: Mira en ese moro al que gobierna á mi hermano; y por consecuencia al que me gobierna á mí.

—Ah! repuso Agenor, ¿por qué habeis pronunciado esas amargas palabras? Un príncipe de vuestra estirpe, un caballero tan valiente como vos, tenedlo siempre presente, Don Fadrique, no debe dejarse gobernar sino por Dios.

—Y sin embargo, voy á Sevilla, dijo suspirando el gran maestre.

—¿Y porqué vais allí?

—El rey D. Pedro me lo suplica, y las suplicas del rey don Pedro son órdenes.

El moro parecia fluctuar entre

el conflicto de separarse de la litera y el temor de dejar á Don Fadrique hablar demasiado con el caballero francés; este temor pudo mas y volvió al lado de los dos amigos.

— Señor , dijo á D. Fadrique, vengo á anunciar á vuestra señoría una nueva que contrariará sus órdenes: Debía informarme de mi secretario , aunque yo tenia casi certidumbre de ella. El Rey D. Pedro tiene ya por oficial de sus guardias á un valiente capitan de Tarifa, hombre en quien ha despositado toda su confianza , aunque ha nacido , ó mejor dicho, aunque sus antepasados han nacido al otro lado del estrecho. Así, pues , temo que este caballero francés se moleste inútilmente al pasar á la corte del Rey D. Pedro. Esto me mueve á aconsejarle que se quede en Coimbra , con tanta mas razon , quanto que doña María de Padilla tiene, como es sabido, poca aficion á los franceses.

—A la verdad, señor Mothril, contestó D. Fadrique, que si es como decís tanto mejor para mí; pues mi amigo quedará siempre á mi lado.

—Yo no he venido á España sino á Portugal. No he venido á servir al Rey D. Pedro, sino al gran maestre D. Fadrique, dijo Agenor con altivez. El servicio que buscaba lo he obtenido ya, y no quiero ningun otro. Este es mi único señor.

Y saludó cortesmente á su amigo.

El moro se sonrió: sus dientes blancos brillaron bajo su barba negra.

—Oh, qué hermosos dientes! dijo Musaron; ¡qué bien deben morder!

En aquel momento, el page trajo el caballo de guerra del gran maestre y una mula para Musaron. Hízose al punto el cambio. Agenor de Mauleon subió en el caballo de re-

fresco, y Musaron se acomodó en la mula. Las caballerías fatigadas se pusieron al cuidado de los criados de la comitiva; y á invitacion del moro descendió D. Fadrique por la escalinata y quiso montar á caballo, pero por segunda vez el gallardo perro pareció oponerse á semejante intento, colocándose entre su amo y el caballo y rechazando al primero con sus ladridos.

D. Fadrique le desvió con el pie, y á pesar de todas las demostraciones del perro leal montó á caballo y dió la señal de marcha. Entonces como si hubiese comprendido esta órden, y como si esta le desesperase, saltó el perro al cuello del corcel y le mordió desapiadamente.

Encabritose el caballo, relinchando de dolor, y dió un salto de costado, que hubiera hecho perder los estribos á otro caballero menos diestro que D. Fadrique.

— ¡Hola! alano, gritó el gran maestro dando á su perro el nombre con que se designa su raza; ¿pícaro animal, te has vuelto rabioso?

Y sacudió á su perro un latigazo tan fuerte, que el pobre animal cayó, y fué rodando diez pasos atrás.

— Es preciso matar á ese perro, dijo Mothril.

Hernando miró al moro de soslayo.

El perro fue á sentarse sobre las gradas del alcázar, levantó su cabeza, abrió el hocico y ahulló segunda vez en tono lastimero.

Entonces todo el pueblo que habia presenciado en silencio esta larga escena, levantó la voz, y el grito que ya se habia oido de una sola boca llegó á ser general.

— No os vayáis, gran maestro, quedaos aqui, D. Fadrique; ¿qué necesidad teneis de un hermano cuando poseeis un pueblo? ¿qué os pro-

mete en Sevilla que no os ofrezca Coimbra ?

—Señor , dijo Mothril , tendré que volver al lado del Rey mi amo , y decirle que vuestro perro , vuestro page y vuestro pueblo no quieren que vengais.

—No , Mothril , contestó D. Fadrique , partamos. En marcha, amigos míos.

Y saludando al pueblo con la mano se puso al frente de la cabalgada , hendiendo la silenciosa muchedumbre que le abría paso delante de sí.

En seguida cerraron las doradas rejas del alcázar que rechinaron como las enmohecidas rejas de un sepulcro vacío.

El perro permaneció sobre las gradas mientras pudo ver á su amo y esperar que mudase de resolución y se volviese ; pero cuando perdió esta esperanza , cuando Fadrique desapareció al volver la esquina de la calle que conducía á la puerta

de Sevilla , corrió en su seguimiento , y en cuatro saltos se juntó á él , como si no habiendo podido impedir que marchase al peligro , quisiese á lo menos participar de él.

Diez minutos despues salian de Coimbra , tomando el camino por el que habian llegado aquella mañana el moro Mothril y Agenor de Maulcon.

## CAPITULO IV.

**De que manera notó Musaron que el Moro hablaba á su litera , y que la litera le respondia,**

**L**a gente que acompañaba al gran maestro se componia de treinta y ocho hombres en todo , incluso el caballero francés y su escudero, sin contar el moro y sus doce guardas, pajes y criados. Los numerosos y ricos equipajes eran conducidos por mulas de carga , pues cuando llegó Mothril ya habian transcurrido mas de ocho dias desde que D. Fa-

drique sabia que su hermano le aguardaba en Sevilla. Habia dado entonces sus órdenes para partir al momento creyendo que el moro estaria cansado para seguirle y se quedaria rezagado. Pero el cansancio parecia cosa desconocida á aquellos hijos del desierto, y á sus caballos, que parecian descendientes de aquellas yeguas que menciona Virgilio, y que el viento fecundizaba.

Aun hubo lugar de andar diez leguas en el mismo dia, y llegada la noche colocáronse las tiendas sobre la vertiente de las montañas, á cuya estremidad se eleva Pombal.

Durante esta primera jornada el moro habia desplegado todos los recursos de la mas esquisita vigilancia sobre entrambos amigos. Al principio bajo el pretesto de disculparse con el caballero francés y luego bajo el de reparar su impolítica pasada con su posterior cortesanía, no habia dejado á Agenor sino el tiem-

po necesario para dar algunas órdenes á los guardianes de la litera; pero por cortas que fuesen estas ausencias, á las que parecia impulsarle un sentimiento mas fuerte que los demas, Agenor tuvo tiempo de decir al gran maestre:

—Señor don Fadrique, os ruego que me digais, de qué proviene ese empeño y tenacidad con que el señor Mothril nos sigue y acompaña. Por fuerza debe estimaros mucho, señor, porque lo que es por mí, no creo haber recibido sus cumplimientos tardios, de modo que le haya inspirado mucho cariño.

—Ignoro si Mothril, me estima o no, dijo don Fadrique; pero sé que odia mortalmente á doña María de Padilla, querida del Rey.

Miró entonces Agenor al gran maestre como hombre que ha oido, aunque sin haber podido comprender, lo que se le ha dicho; pero el moro que estaba en acecho, llegó

entonces, y don Fadrique solo pudo decir al caballero:

—Hablemos de otra cosa.

Agenor se dió prisa á obedecerle y entabló nueva conversacion:

—A propósito, señor don Fadrique, quereis decirme cómo ha podido acostumbrarse á España nuestra buena señora doña Blanca de Borbon, Reyna de Castilla. En Francia se alimentan grandes inquietudes acerca de esta excelente princesa á quien acompañaron tantos votos á su salida de Narbona, á donde vinísteis por ello en nombre del Rey su esposo.

No habia acabado Agenor de pronunciar estas palabras, cuando sintió chocar con su rodilla izquierda la derecha del page, que, como si fuese arrastrado por su caballo, vino á pasar por medio de Don Fadrique y de su amigo, disculpándose al paso con el caballero, tanto por él como por su caballeria, y dirigiéndole

una mirada capaz de hacer volver al cuerpo las palabras al hombre mas indiscreto.

Sin embargo, Don Fadrique comprendió que debía responder algo, pues la situacion en que se hallaba, el silencio debía interpretarse peor que sus palabras. En su consecuencia, dió una respuesta evasiva á su amigo, de la que no podia deducirse nada favorable ni adverso á la Reyna.

Por el contrario, Mothril que parecia tener en sostener esta conversacion un interés igual al que mostraba don Fadrique para terminarla, dijo:

—Pues qué no ha recibido el señor Agenor noticias de doña Blanca de Borbon desde que está en España?

—Señor moro, respondió el caballero, habeis de saber que hace dos ó tres años que estoy haciendo la guerra con los grandes tercios contra el ingles, enemigo de mi señor el rey Juan, prisionero en Lóndres,

y de nuestro regente el príncipe Carlos, al cual se le apellidará un día Carlos el Sábio por la mucha discrecion y las nobles virtudes que va descubriendo.

—Donde quiera que háyais estado, respondió Mothril, era de creer que el acontecimiento de Toledo ha hecho bastante ruido para que dejase de llegar á vuestra noticia.

Don Fadrique perdió un poco el color, y el paje aproximó el dedo á los labios, como dando á entender á Agenor que debia callar.

Agenor comprendió la señal, y se contentó con murmurar para sus adentros:

—España! España! tierra de misterios!

Pero no era esto lo que se proponia Mothril, el cual añadió:

—Una vez que no estais informado á lo que parece, señor caballero, acerca de la cuñada de vuestro regente, yo os contarè lo que la ha su-

cedido.

— Pero ¿para qué os vais á tomar ese trabajo, Mothril? dijo don Fadrique. La pregunta que ha hecho mi amigo don Agenor es una de esas preguntas ordinarias que no exigen otra respuesta que un sí ó un no; y no uno de esos estensos relatos que no tendria interés para una persona estraña á nuestros asuntos.

— Sin embargo, dijo el moro, aun cuando el señor Agenor sea extranjero para España, no lo es al menos con respecto á Francia, y la señora doña Blanca es francesa. Por otra parte la narracion no será muy larga, y preciso es que ya que el señor Agenor va á la corte del rey de Castilla, sepa lo que allí se dice y lo que no debe decirse.

D. Fadrique exhaló un suspiro y se puso su gran capote blanco por delante de los ojos, como para evitar los últimos reflejos del sol que se ocultaba.

—No es verdad, señor Agenor, ó me han engañado, repuso Mothril; ¿no es verdad que acompañasteis á doña Blanca desde Narbona á Urgel?

—Esa es la verdad, contestó el caballero, á quien el aviso del paje por una parte, y por la otra el melancólico semblante de D. Fadrique habian tornado circunspecto, si bien en medio de esto, le era imposible disimular la verdad.

—Pues bien; siguió ella su camino hácia Madrid atravesando el Aragon y una parte de Castilla, bajo la custodia del señor don Fadrique que la condujo á Alcalá (1) donde las bodas se celebraron con una magnificencia y aparato dignos de tan nobles y es-

---

(1) *No fué en Alcalá, como dice el autor, donde se celebraron las bodas, sino en Valladolid. Tampoco estuvo presa doña Blanca en el castillo de Jerez, sino en el de Sigüenza.*

elarecidos desposados. Mas al dia siguiente, sin que nadie pudiese traslucir la causa que es hoy todavía un misterio, continuó Mothril, lanzando sobre Don Fadrique una de aquellas miradas severas y brillantes que le eran tan familiares; al dia siguiente volvióse el Rey á Madrid, dejando á su jóven esposa mas bien como prisionera que como Reyna en el castillo de Alcalá. Mothril se interrumpió á sí mismo por un instante, con el intento de ver si el uno ó el otro de los dos amigos, decia alguna cosa en favor de D.<sup>a</sup> Blanca: mas entrambos callaron. El moro continuó:

—Desde aquel momento hubo una completa separacion entre los dos esposos: hubo mas; una reunion de obispos decretó el divorcio; preciso es que convengais, caballero, continuó el moro con una sonrisa irónica, en que debian ser grandes los motivos de queja que hubiese contra

la jóven estrangera para que una asamblea tan respetable y tan llena de santidad como un concilio rompiese los viuculos que la politica y la religion habian formado.

—Tambien pudiera ser, repuso Fadrique, no pudiendo ocultar por mas tiempo sus sentimientos secretos, tambien pudiera ser que el concilio estuviese enteramente adherido al rey don Pedro.

—Oh! exclamó Mothril con esa especie de candor que hace mas punzante y amarga la burla. ¿Cómo es posible suponer que cuarenta y dos santos personajes cuya mision es dirigir la conciencia de los demas, hayan faltado á la suya? O qué se debia pensar en caso contrario?

Ambos amigos guardaron silencio.

—Por aquel tiempo cayó el rey enfermo y se temió que moriria. Entonces comenzaron á desenumascararse las ambiciones que se hallaban encubiertas. El señor don Enrique de

Trastámara...

— Señor Mothril, dijo don Fadrique, aprovechando esta oportunidad para responder al moro, no olvidéis que don Enrique de Trastámara es mi hermano gemelo, y que jamás permitiré que se hable mal de él en mi presencia, así como tampoco de mi hermano don Pedro, Rey de Castilla.

— Es justo, respondió Mothril. Dispensadme, ilustre gran maestro. Había olvidado vuestra fraternidad, viendo á don Enrique tan rebelde y á vuestra señoría tan adicto al Rey don Pedro. Así, pues, no hablaré mas que de doña Blanca.

— ¡Moro condenado! dijo entre dientes don Fadrique.

Agenor dirigió una mirada al gran maestro, que quería decir: ¿quiere vuestra merced deshacerse de este hombre? pues se hará en breve.

Mothril no se dió por entendido de palabras ni de miradas.

—Iba diciendo , continuó que las ambiciones comenzaron á manifestarse: que el celo y la adhesion decayeron , y que en el momento en que el Rey D. Pedro tocaba ya á la eternidad , se abrieron las puertas del castillo de Alcalá , saliendo por ella una noche doña Blanca acompañada de un caballero desconocido que la condujo hasta Toledo , donde permaneció oculta. Pero la Providencia quiso que nuestro amado-rey don Pedro , favorecido por las oraciones de todos sus súbditos , y particularmente por las de su familia , volviese á recobrar salud y fuerzas. Entonces supo la fuga de doña Blanca , la ayuda que le había dado el caballero desconocido y el lugar donde aquella se había refugiado y mandó al momento que se la arrestara: los unos dicen que esto fué con el intento de volverla á Francia , y yó soy de este parecer; dicen los otros que fué para encer-

rarla en una prision mas rigorosa que la primera. Pero en todo caso, cualquiera que fuese la intencion del Rey su esposo, doña Blanca, prevenida de antemano de las órdenes que acababan de darse, se refugió en la catedral de Toledo, un domingo, justamente cuando estaban en la misa mayor, y allí mismo declaró al pueblo que reclamaba el derecho de asilo, y que se ponía bajo la salvaguardia del Dios de los cristianos. Parece que doña Blanca es hermosa, prosiguió el morro dirigiendo sucesivamente sus miradas al caballero y al gran Maestro, como para escudriñar su pensamiento; parece que es demasiado hermosa. Lo que es yo, puedo decir que no la he visto nunca. Su belleza, el misterio que iba unido á sus desgracias, y luego tal vez, ¿quién sabe? algunas influencias preparadas con anticipacion, conmovieron en su favor todas las almas. El

obispo, que era uno de los que habian declarado nulo el matrimonio, fué echado de la iglesia, y encerrado en una fortaleza, y todos se aprestaron á la defensa de doña Blanca contra los guardias del Rey que se acercaban.

— ¡Cómo! exclamó Agenor, pensaban los guardias apoderarse de doña Blanca en una iglesia? y los cristianos, podian consentir que así se violase el derecho de asilo?

— Sí! respondió Mothril. El Rey don Pedro se habia dirigido primero á sus arqueros moros; mas como estos le hubiesen hecho presente que sería mayor la profanacion siendo infieles los que la cometiesen, el Rey comprendió sus escrúpulos y se dirigió á los cristianos, que aceptaron el encargo. ¡Qué queréis, señor caballero! todas las religiones están llenas de semejantes contradicciones y la mejor será la que tenga menos.

— ¡Querrás decir, perro descreído dijo el gran maestro, que la religion del Profeta vale mas que la religion de Cristo?

— No, ilustre gran Maestro, yo no quiero decir semejante cosa; y no permita Dios que un imperceptible átomo de barro como yo, llegue á formar jamás una opinion en tales materias. No. En este momento no soy mas que un simple narrador, y así es como refiero las aventuras de madama Blanche de Bourbon, como dicen los franceses, ó de doña Blanca de Borbon, segun dicen los españoles.

— ¡Infame! dijo entre dientes don Fadrique.

El caso es, continuó Mothril, que luego que los guardias cometieron el horrible sacrilegio de penetrar en el templo, y cuando iban á sacar de él á doña Blanca, apareció de repente á caballo por medio de la iglesia un caballero todo

cubierto de hierro, con la visera baja, que sin duda era el desconocido que habia auxiliado la fuga de doña Blanca.

—Pero iba á caballo! exclamó Agenor!

—Sí, sin que os quede duda, repuso Mothril, esta es tambien una profanacion: pero tal vez seria este uno de aquellos caballeros á quienes su nombre, su clase ó alguna órden militar daban este derecho. En España hay muchos privilegios de esa especie. El gran maestre de Santiago, por ejemplo, tiene el derecho de poder entrar con el casco en la cabeza y calzado de espuelas en todas las iglesias de la cristiandad; ¿no es cierto, don Fadrique?

—Así es, respondió con voz apagada el gran maestre.

—Pues bien, repuso el moro, el tal caballero entró en la iglesia, rechazó los guardias, llamó al pueblo á las armas y á su voz toda la ciudad

se amotinó ; ahuyentó á los soldados del Rey don Pedro y en seguida cerró las puertas.

— Pero despues el Rey mi hermano se vengó bien, dijo don Fadrique, y las veinte y dos cabezas que hizo rodar por la plaza pública de Toledo le han valido con razon el titulo de Justiciero.

— Sí , pero entre esas veinte y dos cabezas no estaba la del caballero rebelde, porque nadie ha sabido jamás quien era.

— Y qué ha hecho el Rey de doña Blanca? preguntó Agenor.

— Doña Blanca fué conducida al castillo de Jerez, en donde permanece encerrada á pesar de que bien hubiera merecido un castigo mayor que el de la prision.

— Señor moro, dijo don Fadrique, no nos toca á nosotros decidir que pena ó recompensa han merecido aquellos que Dios ha elegido para colocarlos al frente de las naciones. Solo Dios

es superior á ellos , y solo Dios debe castigarlos ó recompensarlos.

—Vuestra grandeza habla dignamente , respondió Mothril , cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza hasta el cuello del caballo, vuestro humilde esclavo ha hecho mal en hablar así.

En este momento llegaron al lugar que se habia destinado para pasar la noche, y en el cual hicieron alto, para levantar lastiendas.

Como el moro se alejase para asistir á la bajada de su litera, acercóse don Fadrique al caballero y le dijo con viveza:

—No volvais á hablar de nada de cuanto atañe al rey ni á doña Blanca, ni á mí mismo, delante de ese moro condenado, que á todas horas me están dando tentaciones que mi perro lo ahogue. Dejad esa conversacion para la hora de la cena , porque entonces estaremos solos y podremos hablar á nuestro gusto.

—Y ¿el moro no estará allí también como de costumbre?

—Mothril el moro, habrá de dejarnos por fuerza solos, pues él no come jamás con los cristianos: además de que á esas horas tiene que estar vigilando su litera.

—Luego esa litera, encierra un tesoro? preguntó el caballero.

—Sí, contestó don Fadrique sonriéndose; no os equivocais, allí está su tesoro.

En este momento se acercó Hernando: Agenor habia cometido ya en esta jornada demasiadas indiscreciones para temer que cometiese otras nuevas. Pero no era menos su curiosidad por mas que la tuviese comprimida.

Venia Hernando á tomar órdenes de su señor; porque la tienda del gran maestro acababa de levantarse en el centro del campo.

—Haz que nos sirvan alguna cosa, mi buen Hernando, dijo el príncipe

al doncel. Este caballero debe tener hambre y sed.

— Y yo volveré, contestó Hernando. Bien sabéis que he prometido no dejaros, y á quien lo he prometido.

Un ligero carmin asomó entonces á las mejillas del gran maestro.

— Quédate con nosotros, doncel, dijo, porque yo no tengo secretos para tí.

Sirviéronles la comida en la tienda del gran maestro; y en efecto, Mothril no asistió á ella.

— Ahora que estamos solos, dijo Agenor, pues segun vos mismo habeis dicho, no teneis secretos para este doncel, decidme, buen señor, lo que ha pasado, á fin de que de hoy mas yo no cometa ninguna indiscrecion semejante á la que acabo de cometer.

Don Fadrique, miró con inquietud en torno suyo, y dijo:

— Pequeño antemural es ciertamente para guardar un secreto esa

pared de tela. Puede verse por debajo y oirse al través de ella.

— En ese caso, dijo Mauleon, hablemos de otra cosa; pues aguardaré, aun cuando mi curiosidad sea grande y natural. Por otra parte, aun cuando el mismo Satanás tomase por su cuenta el estorbárnoslo, aun nos ha de quedar algun momento desde aquí á Sevilla para poder deparar sin temor ninguno.

— Si no estuviéseis tan fatigado, dijo don Fadrique, os propondria que salieseis conmigo de la tienda, y entrambos á pie, provisto cada uno de su espada, envueltos en nuestras capas y acompañados de Hernando, nos iriamos á conversar á cualquier sitio del llano que estuviese bastante descubierto, para estar seguros de que colocado el moro á cincuenta pasos de nosotros, no pudiera escucharnos, aunque volviese á revestirse de su primera forma de serpiente.

—Señor, respondió Agenor con esa especie de sonrisa hija del vigor y de la inagotable confianza de la juventud; yo nunca estoy cansado; muchas veces me ha sucedido que despues de andar cazando gamuzas todo el dia por los picos mas elevados de nuestras montañas, cuando á la noche regresaha á casa, mi noble tutor Ernauton de Santa Coloma me decia: Agenor, en la montaña se han encontrado huellas de un oso: yo conozco su rastro; ¿quieres venir conmigo á acecharlo? Al oirle soltaba la pieza que traia, y á cualquier hora que esto sucediese, salia al instante á hacer la nueva correría.

—Entonces, vamos, dijo don Fadrique.

Y quitándose sus cascos y sus corazas, y envolviéndose todo el cuerpo con las capas, menos á causa de las noches siempre frias en las montañas, que á fin de no ser

conocidos, salieron de sus tiendas y se encaminaron por donde mas pronto podian salir fuera del campo.

Quiso el perro seguirles, mas don Fadrique le hizo un gesto, y el inteligente animal fue á acostarse á la puerta de la tienda: era tan conocido de todos, que hubiera descubierto el incógnito de los dos amigos.

A los primeros pasos se vieron detenidos por un centinela.

— Quién es este soldado? preguntó don Fadrique á Hernando dando un paso atrás.

— Es Ramon el ballestero, señor, respondió el paje. Me he empeñado en que se guarden bien las avenidas del lecho de vuestra señoría y yo mismo he colocado las centinelas. Bien sabeis que he prometido velar por la seguridad de vuestra persona.

En ese caso dile quienes somos, repuso el gran maestro; lo que es á

ese no hay inconveniente en revelar nuestro nombre.

Acercóse Hernando al centinela, y le dijo una palabra al oído: el soldado levantó su ballesta: se cuadró y dejó pasar á los caballeros.

Mas apenas habian estos andado cincuenta pasos cuando apareció como dibujado en medio de la oscuridad una figura blanca é inmóvil; ignorando el gran maestro qué pudiera ser esto, enderezó sin vacilar sus pasos hácia esa especie de fantasma. Era un segundo centinela envuelto en un albornoz, y que enristrando la lanza les dijo en español, si bien con el acento gutural propio de los árabes:

— Por aquí no se pasa.

— Y este ¿quién es? preguntóle á Hernando don Fadrique.

— No le conozco, repuso Hernando.

— Pues ¿no has sido tú quien le has colocado?

— No, porque este es moro.

— Déjanos pasar, dijo en árabe don

Fadrique.

El moro movió la cabeza y siguió presentando al pecho del gran maestro la afilada y espacisosa punta de la alabarda.

—Qué significa esto!—Soy yo acaso algun prisionero? Yo, el gran maestro, el príncipe? Hola! guardias, á mí!

Hernando sacó un silbato de oro del bolsillo y lo sonó.

Pero antes que los guardias, antes aun que el mismo centinela español colocado á cincuenta pasos de allí, apareció de repente el perro de don Fadrique, que al reconocer la voz de su señor y comprendiendo que pedia socorro, acudió inquieto y erizado; y dando un salto como un tigre se precipitó sobre el moro y le apretó con tal fuerza la garganta que á pesar de los pliegues del albornoz, el soldado cayó al suelo dando un grito de alarma.

A este grito de angustia, moros y

españoles salieron de las tiendas; los españoles con un bacion en una mano y una espada en la otra, los moros silenciosamente y sin luz, deslizándose en la sombra semejantes á animales de presa.

—Ven aquí, alano! exclamó el gran maestro.

A esta voz dejó el perro lentamente y como pesaroso su presa y se retiró, andando para atrás y con los ojos clavados sobre el moro que se incorporaba sobre una de las piernas; así llegó hasta tenderse á los pies de su amo, dispuesto á lanzarse nuevamente á la mas leve señal de éste.

A este tiempo llegó Mothril.

El gran maestro se volvió hacia él, y con la noble magestad que le hacia á un mismo tiempo príncipe de corazon y de cuna, le dijo:

—Quién ha colocado centinelas en mi campo? respondió, Mothril. Este hombre es vuestro, ¿quién lo ha puesto donde está?

—En vuestro campo, señor! respondió Mothril con grande humildad. Oh! jamás me hubiera atrevido á tanto. Lo único que he ordenado al fiel servidor que ve vuestra señoría, y señalaba al moro que incorporado sobre una rodilla tenia con ambas manos su ensangrentada garganta, ha sido estar de guardia para precaver una sorpresa nocturna; habrá traspasado mis órdenes, ó no habrá conocido á vuestra señoría; pero en todo caso, si ha ofendido al hermano de mi Rey y se juzga que tal ofensa merece la muerte, morirá.

—No por cierto, dijo don Fadrique; la mala intencion es la que hace al culpable, y desde el momento en que vos, señor Mothril, me respondeis, de que la suya era buena, yo soy quien le debo una reparacion por el mal que le ha causado mi perro.—Hernando, dale á este hombre tu bolsillo!

Acercóse Hernando con repugnancia al herido, y le dió el bolsillo.

—Ahora, señor Mothril, dijo don Fadrique, como hombre que no admitia la menor contradiccion os agradezco vuestra solicitud, pero es inútil: mis guardias y esta espada sobran para mi defensa; emplead, pues, vuestros servidores en vuestra guarda, y en la de vuestra litera; y ahora que sabeis que no os necesito, ni á ninguno de los vuestros, volved á vuestra tienda, señor Mothril y dormid en paz.

El moro saludó, y don Fadrique pasó adelante.

Mothril le dejó alejarse, y así que vió perderse en la oscuridad las tres figuras del príncipe, del caballero y del paje, se acercó al centinela.

—Estás herido? le preguntó en voz baja.

—Sí, dijo el centinela con acen-

to sombrío.

—De gravedad?

—Los dientes del animal maldito han penetrado en mi garganta, tan largos como eran.

—Te duele?

—Mucho.

—Tanto que no puedas vengarte?

—El que se venga no sufre; mandad.

—A su tiempo te diré lo que has de hacer. Sígueme.

Y los dos se volvieron al campo.

En tanto que Mothril y el soldado herido regresaban al campo, don Fadrique acompañado de Agenor y de Hernando se internaban en una sombría llanura, de la cual la serra de Estrella formaba el horizonte. De vez en cuando dirigía hacia atrás ó hacia adelante el perro su infalible olfato, y si alguien los hubiese seguido, pronto hubiera advertido á su señor de la presencia

del espía.

Así que se creyó bastante lejos para que el acento de su voz no llegase hasta el campo, don Fadrique se detuvo y puso su mano sobre el hombro del caballero.

—Atiende, Agenor, le dijo con un acento profundo que indicaba que la voz le salía del corazón. No me vuelvas à hablar jamás de la persona cuyo nombre has pronunciado. Si hablas de ella delante de personas estrañas, harás que mi frente se cubra de rubor y que mi mano tiemble. Si me hablas de ella cuando estemos solos, verás desfallecer mi alma. Eso es cuanto puedo decirte. La desdichada doña Blanca no ha podido grangearse el afecto de su real esposo; á la jóven francesa tan pura y sencilla ha preferido la orgullosa y ardiente española doña María Padilla. En estas breves palabras que acabas de oír se encierra toda una larga historia de

desconfianzas, de guerra y de sangre. Algun dia te diré mas si es preciso ; pero hasta entonces sé precavido , Agenor, y no me hables nunca de ella. ¡ Harto pienso en ella sin que haya necesidad de mencionarla !

Dijo , y se envolvió en su capa cual si quisiese aislar y sepultar consigo un inmenso dolor.

Agenor quedó pensativo. Procuraba, amontonando todos sus recuerdos, penetrar aquella parte del secreto de su amigo en la que pudiera serle útil y con la cual se figuraba que debía tener alguna connexion el llamamiento que le habia hecho.

El gran maestro comprendió lo que pasaba en el corazon de Agenor.

— Eso es lo que yo queria decirte, amigo , continuó: Desde hoy en adelante vivirás á mi lado, tan cierto como que ninguna precaucion tendré que tomar contra mi herma-

no Sin necesidad de que yo te hable de ella, ni de que tú me preguntes, acabarás de sondear ese abismo profundo que á mí mismo me espanta. Mas por ahora vamos á Sevilla, donde me están aguardando las fiestas de un torneo. El Rey mi hermano quiere honrarme, dice, y al intento me ha enviado como has visto á don Mothril, su amigo y consejero.

Hernando encojió los hombros en señal de odio y de desprecio á la vez.

— Obedezco, pues, continuó don Fadrique como respondiendo á su propio pensamiento. Al salir de Coimbra, ya alimentaba algunas sospechas, sospechas que me ha confirmado la vigilancia que en torno mio se ejerce. Estaré sobre aviso, para ello no cuento solo con mis dos ojos; tengo tambien los de mi leal servidor Hernando; y si Hernando tuviere que dejarme para ir á algu-

na mision secreta , indispensable, tú quedarás conmigo, porque á entrambos os quiero con igual cariño. Al decir esto don Fadrique alargó á cada uno de los dos jóvenes una mano que Agenor lleno de respeto puso sobre su corazon , y que Hernando la cubrió de besos.

— Señor , dijo Mauleon , me conceptúo feliz de amar y ser amado así, mas paréceme haber llegado un poco tarde para tomar la parte que debiera en tan viva amistad.

— Tú serás nuestro hermano, repuso don Fadrique, entrarás en nuestro corazon como nosotros en el tuyo; y ahora hablemos solo de las fiestas y de las brillantes justas que en Sevilla nos están aguardando: venid y volveremos al campo.

Detrás de la primera tienda que pasaron , encontró don Fadrique á Mothril en pie: detúvose y miró al moro , sin poder disimular el ene-

jo que le causaba esta especie de persecucion continua.

— Señor, dijo aquel á don Fadrique. Al considerar que en el campo nadie dormia, me ha ocurrido una idea: supuesto que por el dia el calor es grande, ¿no agradaría á vuestra alteza que nos pusiéramos en camino? La luna está saliendo y la noche está templada y hermosa. Con esto ahorraremos á vuestro hermano el Rey algunos momentos de impaciencia.

— Pero, ¿y vos? le dijo don Fadrique; pero, ¿y vuestra litera?

— ¡ Ah señor! repuso el moro, yo y todos los míos estamos á las órdenes de vuestra señoría.

— En ese caso me gusta la idea, dijo don Fadrique: puedes dar orden para la partida.

Mientras que se ensillaban las mulas y caballos, mientras que se recogian las tiendas, acercóse Mothril al centinela herido.

—Si andamos diez leguas esta noche, le preguntó, podremos atravesar la primera cordillera?

—Sí, respondió el soldado.

—Y si salimos mañana á las siete de la tarde, ¿á qué hora estaremos en el vado del Zézaro?

—A las once.

A la hora marcada por el soldado habian llegado al campamento. Esta manera de viajar segun lo habia previsto el moro, habia sido agradable á todos; y él habia podido con mas facilidad sustraer su litera á las curiosas miradas de Musaron.

Porque lo que mas ocupaba al digno escudero, era el saber qué especie de tesoro iba encerrado en aquella caja dorada, que con tal esmero y afan guardaba Mothril.

Asi es que como verdadero hijo de la Francia, no tuvo en cuenta para nada las exigencias del nuevo clima en que á la sazón se hallaba,

y con toda la fuerza del calor se puso á rondar las tiendas.

El sol se dejaba caer á plomo, y todo el campo estaba desierto. Habíase retirado don Fadrique á su tienda para entregarse mas de lleno á sus pensamientos; Hernando y Agenor conversaban en la suya, cuando de repente vieron aparecer en el umbral á Musaron. El buen escudero traia el semblante risueño del hombre que casi ha llegado á tocar un objeto por mucho tiempo buscado.

— Señor Agenor, exclamó, ¡un gran descubrimiento!

— ¿Cuál? preguntó el caballero acostumbrado á las singulares ocurrencias de su escudero.

— Que don Mothril habla á su litera y que su litera le responde.

— ¿Y qué es lo que hablan? repuso el caballero.

— Yo les he oido la conversacion; pero no he podido entender nada,

dijo Musaron, puesto que el moro y su litera hablaban en lengua árabe.

El caballero se encogió de hombros.

—¿Qué decís vos á esto, Hernando? le preguntó en seguida. Si hemos de creer á Musaron, el tesoro de Mothril habla.

—Nada hay en eso de particular respondió el page, supuesto que el tesoro de don Mothril es una mujer.

—¡Ah!... exclamó Musaron bastante desconcertado.

—¿Es jóven? preguntó con interés Agenor.

—Es probable.

—¿Es hermosa?

—Ah! mucho me preguntais, caballero, y sobre todo cosas á que no os podrian contestar ni aun las personas de la comitiva de don Mothril.

—Sea en buen hora! yo lo averiguaré, dijo Agenor.

— Y cómo ?

— Supuesto que Musaron ha llegado hasta la tienda , yo llegaré tambien. Nosotros , cazadores de monte , estamos harto acostumbrados á deslizarnos de peñasco en peñasco , y á sorprender las gamuzas en la cumbre de nuestros picos. El señor don Mothril no será ni mas sagaz ni mas asustadizo que una gamuza.

— Como gustéis , dijo Hernando , llevado por su parte de un arranque propio de la juventud irreflexiva ; pero con la condicion de que yo he de acompañaros.

— Pues , vamos , y mientras Musaron estará en vela.

No se habia engañado Agenor , pues no eran necesarias tantas precauciones. Eran las once de la mañana : el sol de Africa lanzaba sus mas ardientes rayos : el campo parecia desierto : tanto los centinelas moros como los españoles habian buscado la sombra , ora tras de un peñas-

co, ora bajo las ramas de un árbol solitario; de suerte, que á no ser por las tiendas que daban al paisaje una apariencia momentánea de lugar habitado, se hubiera creído hallarse en medio de un desierto.

La tienda de don Mothril era la que estaba mas distante. Para tenerla aislada todo lo posible, ó para darle un poco de frescura, la habia apoyado contra un bosquecillo. En esta tienda habia metido su litera poniendo delante de la puerta una gran pieza de tela turca que cayendo en varios dobleces impedía á los curiosos penetrar con sus miradas hasta lo interior. Musaron les señaló con la mano esta tienda, como la en que se encerraba el tesoro. Al punto mismo, dejando á Musaron en donde estaba, y desde donde podia ver todo cuanto pasase por la parte de la tienda que miraba al campo, tomaron un recodo entram-

pos jóvenes, y se dirigieron á la estremidad del bosque: una vez allí, reprimiendo el aliento, suspendiendo el psao, separando cuidadosamente las ramas, cuyo roce pudiese descubrir su presencia se adelantaron, y sin que don Mothril los sintiese, llegaron hasta la cortina circular, en cuyo centro estaban el moro y su litera.

Allí no se podia ver, pero se podia oír.

—Oh! dijo Agenor: poco sacaremos de la conversacion, porque hablan en árabe.

Hernando llevó el dedo á sus labios.

—Yo entiendo el árabe, dijo, dejadme escuchar.

Púsose, pues, el page á oír, y el caballero permaneció en el mayor silencio.

—Es extraño! exclamó Hernando despues de un instante de atencion. Están hablando de vos.

—De mí? dijo Agenor, ¡imposible!

—Si tal; no me equivoco.

—Y qué es lo que dicen?

—Hasta ahora no ha hablado sino don Mothril, que acaba de preguntar: ¿es el caballero del penacho rojo?

No bien habia concluido el page de pronunciar estas palabras, cuando una voz vibrante y melodiosa, una de esas voces que parecen destilar ámbar y perlas, y que hallan eco en los corazones, respondió:

—Sí, es el caballero del penacho rojo, es jóven, y hermoso.

—Jóven, sin duda, respondió Mothril, porque apenas tiene veinte años; pero hermoso, eso es lo que yo niego.

—Maneja bien sus armas y parece valiente.

—Valiente!.. un gabilan, un buitre de los Pirineos que viene á cebarse en el cadáver de la pobre España.

— Qué es lo que dice ? preguntó Agenor.

El page le repitió riéndose las palabras del moro. Ruborizóse la frente del caballero , y echando mano al puño de su espada , la sacó de la vaina hasta la mitad. Hernando lo contuvo.

— Señor , le dijo , ese es el pago de los indiscretos ; pero oigamos que sin duda no tardará en llegarme á mí la vez.

Y la voz inelodiosa continuó diciendo en árabe:

— Es el primer caballero de Francia que veo ; así , pues , perdovad esa pequeña curiosidad que tengo. Los caballeros de Francia son muy famosos por su cortesanía. Se halla ese al servicio del Rey don Pedro ?

— Aïssa , contestó Mothril con un acento de rabia concentrada , no volvais á hablarme de ese jóven.

Vos sois el que me habeis hablado

de él replicó la voz, cuando le encontramos en la montaña, y que despues de haberme prometido hacer alto á la sombra de los árboles donde nos habia adelantado, me exortásteis á pesar de lo cansada que yo estaba, á que soportase un poco mas la fatiga para llegar á Coimbra, antes que el señor frances hubiera podido hablar con dou Fadrique.

Hernando apoyó su mano en el brazo del caballero, y le pareció que se desgarraba el velo del misterio y ponía en descubierto el secreto del moro.

—Qué dice, pues, preguntó el caballero?

Hernando le repitió palabra por palabra todo cuanto habia dicho Mothril.

Entretanto la misma voz continuaba con un acento que llegaba hasta el corazón del caballero, aunque no podia comprender sus palabras.

—Si no es valiente, dijo ella, por

qué dais muestras de temerle tanto ?

— Yo desconfío de todo el mundo, pero no temo á nadie, respondió Mothril, y ademas de esto me parece inútil que os ocupeis de un hombre que no debéis volver á ver.

Habia pronunciado Mothril estas últimas palabras con un tono que no dejaba la menor duda acerca de su significacion, y por el mismo movimiento que hizo el page, comprendió Agenor que acababa de descubrir alguna cosa de importancia.

— Bien podeis iros poniendo en guardia, señor de Mauleon, le dijo, pues bien por causa de política, ó por envidia teneisendon Mothril un enemigo.

Agenor se sonrió desdeñosamente.

Pusiéronse entrambos á escuchar de nuevo, pero ya no oyeron ni una palabra mas. Algunos segundos despues notaron al través de los árboles que Mothril se alejaba y emprendia

el camino que conducia á la tienda de don Fadrique.

— Me parece, dijo Agenor, que el momento es oportuno para ver y hablar á esa bella Aïssa que tantas simpatías muestra á los caballeros de Francia.

— Lo que es verla, sí, dijo Hernando; mas hablarla, no, porque creed que Mothril no se habrá separado de este sitio sin dejar antes sus guardias á la puerta.

Y con la punta de su puñal hizo en la costura de la cubierta de la tienda un pequeño agujero, que aunque era sumamente pequeño, permitia sin embargo el que se pudiesen llevar hasta lo interior las miradas.

Aïssa estaba acostada sobre una especie de cama de tela de color de púrpura bordada de oro, y parecia sumida en unos de esos mudos y risueños delirios peculiares á las mujeres del Oriente, cuya vida entera pertenece á las sensaciones fisi-

cas: tenia con una de sus manos ese instrumento musical llamado guzla: la otra se hallaba medio encubierta entre sus negros cabellos sembrados de perlas, que hacian resaltar con tanta mas viveza sus esbeltos y delicados dedos con las uñas teñidas de carmin: de sus párpados guarnecidos de sedosas pestañas se escapaba una mirada lánguida y tierna, que parecia buscar para fijarse en él, aquel objeto que en su mente veia.

—Qué hermosa es! dijo entre dientes Agenor.

—Señor, dijo Hernando, mirad lo que haceis; es una mora, y por consiguiente una enemiga de nuestra santa religion.

—Bá! dijo Agenor. Yo la convertiré.

En este momento oyeron toser á Muzaron que era la señal convenida para el caso en que alguien se aproximase al bosque; visto lo cual por los dos jóvenes, se retiraron

con las mismas precauciones que antes, por el camino que habian llevado. Al llegar á los linderos del bosque, vieron venir por el camino de Sevilla, una pequeña fuerza compuesta como de una docena de caballeros árabes y castellanos, que se dirigieron en derechura donde estaba Mothril, el cual, habiéndoles visto acercarse, habia echo alto á algunos pasos de la tienda del gran maestre. Estos caballeros venian de parte del Rey don Pedro, y traian un nuevo despacho para su hermano, y una carta para Mothril. Leyó este la carta, y entró en seguida en la tienda de don Fadrique suplicando á los recién venidos que aguardasen un momento, por si el gran maestre quisiese pedirles alguna explicacion.

—Qué, estais ahí otra vez? dijo don Fadrique al ver á Mothril en la puerta de la tienda.

—Señor, repuso el moro. Lo que

me da la osadía de penetrar hasta cerca de vos, es un mensaje que os dirige nuestro venerado Rey, y que no he querido retardar en entregároslo.

Y alargó la carta á don Fadrique, que la tomó con cierta perplegidad; mas así que leyó los primeros renglones, se despejó la frente del gran maestro.

El despacho decía:

«Mi muy querido hermano: apresúrate á venir, porque mi corte toda está llena de caballeros de todas las naciones. Con la esperanza sola de la llegada del gran maestro de Santiago, ya Sevilla está llena de regocijo. Todos cuantos contigo trajeres serán bien recibidos; pero no embarazes tu marcha con mucha comitiva: mi gloria será verte; mi ventura verte pronto.»

A esta sazón Hernando y Agenor, á quienes habia causado alguna inquietud al ver aquella nueva gen-

te dirigirse hacia la tienda de don Fadrique, entraron á su vez en ella.

—Toma y lee, dijo don Fadrique, alargando á Agenor la carta del Rey; lee y verás qué recibimiento nos aguarda.

—¿No dirige vuestra alteza algunas palabras de bienvenida á los portadores de ese mensaje? preguntó Mothril.

Hizo don Fadrique un movimiento con la cabeza, y despues que les hubo dado gracias por la prontitud con que habian andado, pues acababa de saber que habian venido desde Sevilla en cinco dias, Mothril se dirigió al gefe.

—Me quedo con tus soldados, le dijo, para llevar con mas pompa al gran maestro; en cuanto á tí, vuelve al lado del Rey don Pedro con la ligereza de la golondrina, y anúnciale que el príncipe va camino de Sevilla.

Y en seguida añadió en voz baja:  
—Parte, y dí al Rey que no volveré sin la prueba que le he prometido.

El caballero árabe hizo una reverencia, y sin contestar una palabra, sin tomar él ni dar á su caballo ningun refrigerio, partió rápido como una flecha.

Esta recomendacion hecha en voz baja no pasó desapercibida para Hernando, y si bien ignoraba el objeto de ella, puesto que no habia podido oír las palabras de Mothril, creyó un deber decir á su señor que la partida de este gefe cuando apenas acababa de llegar, era para él tanto mas sospechosa, cuanto que el tal era moro y no castellano.

—Escucha, le dijo don Fadrique así que estuvieron solos. El peligro, si es que hay alguno, no amenaza ni á mí, ni á tí, ni á Agenor: nosotros somos hombres fuertes, que no tenemos miedo á

los peligros ; pero existe en el castillo de Medina Sidonia una criatura débil y sin defensa , una muger que ha sufrido ya demasiado por mí y por causa mia. Es menester que partas , que me dejes , y que valiéndote de un medio cualquiera , cuya eleccion dejo á tu arbitrio , llegues hasta donde ella está y la prevengas que debe estar sobre aviso: todo lo que yo no pudiere decirle en una carta , se lo dirás tú de viva voz.

—Saldré cuando me lo mandeis, contestó Hernando ; ya sabeis que me hallo á vuestras órdenes.

Sentóse don Fadrique á una mesa , y escribió unos cuantos renglones en un pergamino que selló con su sello. No bien hubo acabado, cuando el inevitable Mothril entró en su tienda.

—Ya lo veis , dijo don Fadrique, yo escribo tambien por mi parte al Rey don Pedro. Me ha parecido que era

acoger con mucha frialdad su carta, el permitir que vuestro mensajero se encargase de darle una contestacion verbal. Mañana por la mañana partirá Hernando.

El moro le contestó con una inclinacion de cabeza. A su vista metió el gran maestro el pergamino en una bolsita bordada de perlas finas y se lo entregó al page.

—Sabes ya lo que hay que hacer? le dijo.

—Sí, monseñor, ya lo sé.

—Mas, ¿como es, dijo Mothril, que estimando tanto vuestra alteza á ese caballero francés no le envia en lugar de su page, del cual ha menester? Yo mandaré escoltarle por cuatro de los míos, y como en el hecho de entregar al Rey una carta de su hermano, alcanzará por ello todas las gracias y recompensas que piensa vuestra alteza solicitar para él.

La astucia del moro hizo vacilar

por un instante á don Fadrique, pero Hernando vino en su ayuda.

—Me parece, le dijo á don Fadrique, que al rey de Castilla se le debe enviar un español. Por otra parte, vuestra alteza me ha escogido á mí antes que á ninguno otro, y á menos que vuestra alteza no mande lo contrario, deseo conservar el honor de esta mision.

—Corriente, respondió don Fadrique, no cambiaremos nada de lo que está acordado.

—Mi señor es el dueño, repuso Mothril, y todos nosotros no tenemos otro deber que ejecutar sus órdenes: por eso vengo yo á tomar las suyas.

—¿Y para qué?

—Para la partida. ¿No se ha convenido en que caminaríamos de noche, como ayer? Le ha ido mal á vuestra alteza con esa jornada nocturna?

—No por cierto, al contrario.

—Pues bien, ya no tenemos mas

que una hora ó dos de dia , repuso Mothril , y por consiguiente me parece que es tiempo de partir.

—Podeis dar las órdenes , que yo estaré pronto.

Mothril salió.

—Atiende , dijo don Fadrique á Hernando. Tenemos que vadear el rio que baja de la sierra de Estremadura y que se mete en el Tajo. Al tiempo de pasarle no dejará de haber como sucede en tales casos algun momento de confusion. Espero que sabrás aprovecharte de él, al llegar á la otra orilla, para alejarte al momento; pues no creo que hagas tú mas caso que yo de la escolta que el moro nos ha ofrecido. Lo único que te encargo es que seas prudente durante el viaje y mas aun cuando hubieres llegado á tu destino, porque bien sabes el estremado rigor con que *Ella* está vigilada.

—Sí, mi señor , lo sé bien.

Mothril no perdió un momento en

dar todas las órdenes necesarias. La caravana se puso en marcha en el orden acostumbrado, á saber: una vanguardia de caballeros moros iba descubierta registrando el terreno; seguia don Fadrique vigilado por Mothril, y detrás la litera y la retaguardia.

A eso de las diez habian atravesado la sierra y volvian á bajarla por la parte del valle. Una hora despues al través de los árboles de la vertiente de la montaña se percibió una faja azulada semejante á una larga y revuelta cinta, en la cual hacia relumbrar la luna en diferentes puntos millones de lentejuelas.

—Allí está el rio Zézaro, dijo Mothril, con el permiso de vuestra alteza voy á mandar tentar el vado.

Esta era una ocasion para que don Fadrique quedase algunos momentos solo con Agepor y con Hernando: asi es que se apresuró á dar permiso al moro, despidiéndole con un movi-

miento de cabeza.

Sabido es que Mothril no caminaba nunca sin su litera. Así, pues, dió una vuelta por la retaguardia, y pronto se le vió avanzar acompañando al tesoro que tanto habia llamado la atencion de Musaron mientras que no habia sabido de qué naturaleza era.

—Tambien yo tengo que pedir permiso á vuestra alteza, dijo Agenor. Nosotros los franceses tenemos la costumbre de pasar los rios por el sitio en que nos encontramos: yo quisiera llegar al otro lado del rio al mismo tiempo que el moro.

Este era un nuevo medio que se presentaba á don Fadrique para poder dar á Hernando sus últimas instrucciones sin que nadie les oyese.

—Haced lo que quisiéreis, dijo al caballero; pero no os espon-gais inútilmente; ya sabeis que os necesito.

—El gran maestro, repuso Age-

nor, nos encontrará en la opuesta orilla.

Y dando en sentido opuesto la misma vuelta que habian dado el moro y su litera, desapareció el caballero en las sinuosidades de la montaña, acompañado de Musaron.

## CAPITULO V.

**El paso del rio.**

**E**l moro que habia partido el primero, fué tambien el primero en llegar á orillas del rio.

Sin duda, bien fuese á la venida, ó bien con motivo de algun otro viaje, habia tentado el vado que iba á reconocer, porque sin vacilar lo mas minimo bajó hasta la misma orilla del rio, metido hasta la mitad de el cuerpo en medio de las adelfas que en la parte meridional de España y

Portugal adornan casi siempre las márgenes de los rios. A una ligera señal suya los conductores de la litera tomaron las mulas por la brida y despues de haber recibido de Mothril la indicacion del camino que debian seguir , y que era fácil de conocer por un pequeño bosque de naranjos colocado en esta direccion, bajaron al rio y se pusieron á vadearlo; operacion que ejecutaron sin que el agua pasase mas arriba del vientre de las mulas. A pesar de la certeza que parecia tener Mothril de la seguridad del vado, le siguió con la vista hasta tanto que vió en seguridad al otro lado del rio su preciosa litera.

Entonces echando una ojeada al rededor de sí , y bajándose al nivel de las adelfas , preguntó:

— Estás ahí?

— Sí, respondió una voz.

— Reconocerás bien al page ¿no es verdad?

— Es él que ha silvado al perro?

—La carta está en un saquito que lleva colgado al lado de una pequeña escarcela. Esa es la que yo he menester.

—La tendreis , respondió el moro.

—Entonces , puedo llamarle. ¿ Y tú estás en tu puesto ?

—Ya estaré cuando sea menester.

Mothril se volvió atrás , y fue á reunirse á don Fadrique y á Hernando.

Entretanto Agenor y Musaron habian llegado por su parte al declive del rio , y como lo habia dicho, sin cuidarse mucho el caballero de la profundidad del agua se echó intrépidamente con su caballo á la corriente.

El rio era poco profundo por las orillas. El caballero y su escudero se metieron, pues , lenta y progresivamente , hasta que á cosa de los tres cuartos de la travesía dejó de hacer pie al caballo: sin embargo

sostenido por el freno, y por las caricias de su señor fue nadando vigorosamente y recobró pie como á unos veinte pasos del lugar en que lo habia perdido. Musaron seguia á su señor, como su propia sombra; y despues de haber hecho poco mas ó menos la misma maniobra, se halló como aquel sano y salvo al otro lado de la corriente. Entonces, segun costumbre, quiso felicitarse en voz alta por semejante proeza, mas su señor estendiendo un dedo sobre sus lábios, le hizo que guardase silencio. Entrambos llegaron, pues, á la orilla opuesta, sin que se oyese otra cosa mas que las insignificantes oleadas del rio, y sin que ninguna señal hubiese revelado á Mothril el paso del caballero.

Una vez allí, se detuvo Agenor, echó pie en tierra y puso la brida de su caballo en mano de Musaron; y despues describió un círculo se encaminó al extremo opuesto del bos-

que de naranjos, en frente del cual brillaba el dorado friso de la litera, con los rayos de la luna. Pero aun cuando no hubiese sabido donde se hallaba, fácilmente la hubiera encontrado. En medio del silencio de la noche resonaban los melodiosos sonidos de la guzla, é indicaban que Aïssa había recurrido á este instrumento con el fin de distraerse, en tanto que aguardaba á que su fiel custodio volviese á su puesto.

Estos sonidos no eran al principio mas que consonancias sin enlace, una especie de queja vaga arrojada maquinalmente al viento y á la noche por los distraidos dedos de la tañedora. Pero á aquellos acordes, sucedieron palabras, y con gran gozo del caballero, reconoció que aquellas palabras, eran cantadas en un romance castellano puro, aunque traducidas del árabe. Por consiguiente la bella Aïssa sabia el español; y el caballero podria hablarla: continuó,

pues , acercándose á ella, guiándose esta vez por la música y por la voz.

Aïssa habia corrido la cortina de su litera por la parte opuesta al rio: y sin duda en virtud de órdenes de su señor los dos conductores se habian retirado á una distancia de veinte pasos mas á retaguardia. La hermosa jóven estaba reclinada en la parte de la litera donde se reflejaba un puro y brillante rayo de la luna, cuya tranquila marcha por medio de un cielo sin nubes , parecia seguir con sus miradas. Su postura como la de todas las hijas del Oriente, estaba rebotando gracias naturales, y respiraba una profunda voluptuosidad. Parecia que por todos sus poros respiraba esos perfumes de la noche que una brisa calurosa del medio dia impelia desde Ceuta á Portugal. En cuanto á su cancion era una de esas composiciones orientales.

Decia así:

Ya la noche aparecía  
De humbroso manto velada,  
Ya su vuelo en la enramada  
Suspendía el ruiseñor:  
Y blandamente posado  
Sobre la rama desierta,  
Bañado de luz incierta  
Cantaba con dulce voz.

Ningun rumor distraía  
La soledad encantada;  
Y la rosa anacarada  
Exalaba grato olor,  
Que embalsamaba la noche,  
El ambiente y la pradera ,  
Y la corriente ligera  
A cuya margen nació.

Todo en silencio yacía,  
Sin ecos el leve viento ,  
La enramada sin acento,  
El arroyo sin rumor:  
También la fúlgida estrella,  
Escucha desde la altura  
Del pájaro la voz pura

## Enamorando á la flor.

—«Por qué tu aroma esquisito  
«Tan solo de noche exhalas?  
Dice el ave , y con sus alas  
Recoge el fragante olor.

—«Y por qué, dice la rosa,  
«Solo en noche oscura y calma,  
«Hechiza tu voz el alma  
«Con su dulcísimo son?»

—«Porque mi canto dedico  
«A la flor de la ribera  
«Que á las auras , placentera,  
«Abre su cáliz de amor.

—«Y yo exhalo mi perfume  
«Para el ave temerosa,  
«Que oculta su voz hermosa  
«En tanto dura el rumor.

Y la noche confundia  
Con su misterio y encanto  
El perfume y dulce canto  
Nacidos del corazon.  
Y al nacer el nuevo dia

Halló al ave enamorada  
Junto á la flor regalada  
Cuyo aroma la embriagó.

Al acabar la postrer palabra, y cuando los últimos sonidos vibraban armoniosamente en los aires, el caballero incapaz de contener por mas tiempo su impaciencia, se presentó repentinamente en el espacio abierto é iluminado por los rayos de la luna entre el pequeño bosque y la litera. Al ver á un hombre aparecer así tan de improviso, una mujer de occidente hubiera dado un grito y llamado gente en su socorro. La bella mora no hizo lo uno ni lo otro; incorporóse sobre la mano izquierda y sacó con la derecha una pequeña daga que tenia en la cintura; pero reconociendo casi instantáneamente al caballero, volvió á dejar la daga en su vaina, reclinó muellemente su hermosa cabeza sobre una de sus manos, y aproximando la otra á sus

lábios, hizo señas al caballero para que se acercase sin meter ruido. Agenor obedeció. El largo ropage de la litera y los caparazones que cubrían las mulas, formaban una especie de muralla que la hacía invisible á los ojos de los dos guardas, distraídos además de esto con lo que sucedía en la orilla opuesta y con los preparativos del pasage de Don Fadrique y Hernando. Aproximóse, pues, el caballero, tomó atrevidamente la mano de la jóven desde la parte exterior de la litera y apoyando sobre ella los lábios, la dijo:

—Aïssa me ama, y yo amo á Aïssa.

—¿Son acaso los de tu pais nigrománticos, dijo ella, para leer en el corazon de las mujeres los secretos que ellas no han revelado mas que á la noche y á la soledad?

—No, respondió el caballero, pero saben que el amor llama el amor. ¿Habré tenido yo la desgracia de equivocarme?

— Bien sabes tú que no , respondió la jóven. Desde que don Mothril me trae consigo custodiándome mas bien como mujer que como hija suya, he visto pasar los mas galanes caballeros moros y castellanos, siu que mis ojos dejasen de mirar las perlas de mis brazaletes, sin que mi pensamiento se distrajesse de su oracion. Mas no me sucedió contigo como con los demas ; desde el instante en que por primera vez te encontré en la montaña, hubiera querido bajar de mi litera y seguirte. Acaso te admira que te hable así; pero yo no soy como las mujeres de las ciudades. Soy una flor del campo, y así como las flores dan su perfume al que las coge y mueren, yo te daré mi amor si tu le quieres , y si no moriré.

De la misma manera que Agenor era el primer hombre en el cual la bella mora habia puesto los ojos, así tambien ella era la primera mujer que mas simpatías habia esci-

tado en el corazón de aquel, por la armonía de la voz, por sus facciones agradables y su espresiva mirada. Disponíase, pues, á contestar á tan estraña confesion, que en vez de defenderse, salia á su encuentro por decirlo así, cuando súbitamente resonó un grito doloroso, profundo, supremo, que hizo estremecerse á Agenor y á la bella mora. Al mismo tiempo se oyó la voz del gran maestro que gritaba desde la otra orilla:

— «¡Socorro, Agenor, socorro, que Hernando se ahoga!»

La jóven, por un movimiento rápido salió casi de la litera, tocó con sus lábios en la frente de Agenor, y le dijo:

— Te volveré á ver, no es verdad?

— Os lo juro, respondió Agenor.

— Vete, pues, á socorrer al paje, repuso ella.

Y al mismo tiempo le despidió con

una mano , mientras corria con la otra sus cortinas.

En dos saltos y con el auxilio de una pequeña vuelta , encontróse el caballero á la orilla del rio ; en un instante se desembarazó de su espada y de sus espuelas , y como afortunadamente estaba sin armadura, lanzóse hácia el punto en que la agitación del agua daba á conocer la desaparicion del paje.

He aquí lo que habia sucedido:

Despues de haber hecho pasar Mothril , segun hemos indicado , la litera y dado sus instrucciones al moro oculto en las adelfas , habia vuelto á buscar al gran maestro y Hernando , que con el resto de la comitiva , le esperaban á unos cien pasos.

— Señor , habia dicho el moro , hemos hallado el vado , y segun vuestra alteza puede verlo , la litera ha llegado ya á la otra orilla sin ningun accidente. Sin embargo , pa-

ra mayor precaucion yo guiaré por mí mismo , primero á vuestro paje , luego á vuestra alteza , y despues pasará mi gente.

Este ofrecimiento cuadraba tan bien con los deseos del gran maestro que no le pudo ocurrir la idea de hacer la mas mínima objecion. En efecto , nada podia facilitar mejor la ejecucion del proyecto concebido entre Hernando y don Fadrique.

—Muy bien , contestó á Mothril, Hernando pasará el primero , y como debe adelantarse á nosotros por la carretera de Sevilla , continuará su camino en tanto que nosotros acabamos de pasar el rio.

Mothril hizo una inclinacion de cabeza , como dando á entender que no hallaba ningun impedimento á los deseos del gran maestro.

—Teneis que mandar decir alguna cosa al Rey don Pedro , mi hermano ? le preguntó don Fadrique.

—No, mi señor, respondió el moro; el mensajero que yo he mandado, ya ha salido y llegará antes que el vuestro.

—Muy bien, dijo don Fadrique; andad, pues, delante.

El gran maestro aprovechó el corto trecho que mediaba hasta el río para hacer una tierna y prudente exhortación á Hernando: amaba mucho á este paje, al cual habia traído casi desde niño cerca de su persona, y el mancebo le era adicto en extremo. Por esto no habia vacilado un momento Don Fadrique en hacerle confidente de sus secretos mas íntimos, no obstante su corta edad.

Mothril los aguardaba á la orilla del río. Todo estaba en calma. El paisaje, iluminado por la luna, interrumpido en algunos puntos por las sombras de los montes y sinuosidades, alumbrado de trecho en trecho por los brillantes reflejos del río, parecía uno de esos países de

encantadores que suelen verse entre sueños. El hombre mas desconfiado, tranquilizado por aquel silencio y la serenidad de aquella atmósfera nocturna, no hubiera querido creer en la existencia de ningun riesgo inmediato, aunque hubiese estado prevenido.

De ahí es que Hernando naturalmente bizarro y dispuesto á acometer aventuras como se suele ser á su edad, no sintió el mas pequeño temor é hizo entrar el caballo en el rio detrás de la mula del moro.

Mothril caminaba delante. Por espacio de quince pasos el caballo y la mula hicieron pie: pero luego insensiblemente el moro se fue desviando hácia la derecha.

—Os separais del camino, Mothril! gritó don Fadrique desde la orilla. Ten cuidado, Hernando, ten cuidado!

—Nada temais, mi señor, respondió Mothril, pues que yo voy de-

lante. Si hubiese algun peligro , yo seria el primero en descubrirlo.

La contestacion era muy pausable. Así, aunque el moro se desviaba cada vez mas de la línea recta, Hernando no llegó á concebir sospecha: cuando mas , debia pensar que este era un medio que su guia empleaba para cortar la corriente con menos dificultad.

La mula del moro perdió pie , y comenzó á nadar el caballo de Hernando: mas poco le importaba al paje , porque él sabia tambien nadar perfectamente , y podia ganar la orilla opuesta , en el caso de verse en la necesidad de recurrir á sus propias fuerzas.

El gran maestre continuaba observando el pasaje con una inquietud cada vez mayor.

— ¡ Que vais torciendo el rumbo, Mothril , exclamó , que lo perdeis ! ¡ Mantente á la izquierda , Hernando!..

Pero Hernando que veia á su caballo nadar vigorosamente, y que ademas de esto iba siempre precedido por el moro, no pudo concebir la menor idea de peligro en esta travesía en la cual no encontraba mas que una diversion; y dando media vuelta sobre su silla, contestó á su señor:

— Señor, no temais nada; voy por el buen camino puesto que el señor Mothril va delante.

Pero al hacer este movimiento se presentó ante sus ojos una perspectiva muy singular. En la especie de surco que dejaba tras sí su cabalgadura creyó advertir la cabeza de un hombre que habia zambullido en el momento en que él se habia vuelto, aunque no con bastante ligereza para que hubiera podido escapar á su perspicacia.

— Señor Mothril, dijo al moro; me parece efectivamente que vamos equivocados. No es por este sitio por

donde ha pasado vuestra litera, y si no me engaño, yo la estoy viendo allá bajo á los rayos de la luna, hácia ese bosque de naranjos y enteramente á nuestra izquierda.

—Esto solo es un pequeño trecho un tanto mas hondo, replicóle el moro; y en un instante vamos á tomar tierra.

—¡Que te estravías, que te estravías! volvió á gritar don Fadrique, si bien apenas llegaba su voz hasta los oídos del paje, por la distancia que mediaba.

—En efecto, dijo Hernando, empezando á concebir algunos temores al ver los vanos esfuerzos que hacia su caballo arrastrado hácia la corriente como por una fuerza desconocida, mientras que Mothril pudiendo manejar su mula, iba quedándose á la izquierda bastante separado de él.

—Señor Mothril, exclamó el paje, ¡aquí hay traicion!

Apenas habia pronunciado estas

palabras, cuando el caballo dió un relincho repentino, y cayéndose de un lado sacudió el agua con violencia, pero sin nadar con la pierna derecha como antes: casi seguidamente volvió á relinchar doloridamente y cesó de nadar de la pierna izquierda. Entonces no pudiendo ya sostenerse con solas las dos manos, el animal fue sumergiéndose poco á poco la parte posterior bajo del agua. Hernando conoció que habia llegado el momento de lanzarse al rio, pero en vano probó á desprenderse de los estribos; sentíase unido al caballo.

— Socorro! socorro! gritó Hernando.

Este era el doloroso grito que oyó Agenor y que le habia sacado del éstasis en que se encontraba sumido al contemplar el rostro y la voz de la hermosa mora.

En efecto, el caballo continuaba sumergiéndose; solo le quedaban las narices sobre el nivel del rio y con

ellas metia al resollar un ruido estrepitoso, mientras que con las manos hacia saltar el agua todo al rededor de sí.

Por segunda vez quiso gritar Hernando socorro, pero arrebatado por esta fuerza oculta á la cual habia intentado resistir en vano, se hundió tras el caballo en los abismos: únicamente su mano alzándose al cielo como para demandar venganza ó socorro, todavía se agitó un momento sobre el nivel del agua, pero bien en breve desapareció como el resto del cuerpo, y ya no se vió mas que un remolino que desde el fondo del rio se elevaba hasta la superficie, en la cual aparecieron barbotes numerosos y sangrientos.

Dos leales amigos se lanzaron á socorrer á Hernando. Por una parte Agenor, segun hemos dicho, y por otra el perro, habituado á obedecer la voz del page con tanta fidelidad como á la de su pro-

pio amo.

Entrambos le buscaron inútilmente, aunque por dos ó tres veces advirtió Agenor que el perro se sumergía siguiendo una misma direccion: á la tercera apareció el buen animal con un trozo de vestido en la boca desalentada. Pero como si al arrancar este giron hubiese hecho todo cuanto había que hacer, nadó hácia la orilla y se tendió á los pies de su señor, dejando oír uno de esos ahullidos lúgubres y desesperados, que cuando se oyen en las altas horas de la noche hacen estremecerse aun á los mas animosos. Este harapo de tela era todo lo que quedaba del mal aventurado Hernando.

Pasóse la noche en pesquisas infructuosas. Don Fadrique, que á su vez habia atravesado el rio sin ningun contratiempo, estuvo en la orilla toda la noche. No podia resolverse á abandonar aquella tumba movediza, de

la cual se figuraba ver á cada instante salir á su amigo.

El perro continuaba ahullando á sus pies.

Agenor meditabundo y sombrío tenia en la mano el pedazo de ropa que el perro habia traído, y parecia aguardar el dia con impaciencia.

Mothril que por su parte habia estado metido largo rato entre las adelfas como si buscase al desgraciado jóven, habia vuelto ya, afectando la desesperacion en el semblante, repitiendo: Alá! Alá! y procurando consolar al gran maestro con esas frases ordinarias que son un dolor mas para el que sufre.

Por fin vino el dia. Sus primeros rayos alumbraron á Agenor sentado á los pies de don Fadrique: era evidente que el caballero anhelaba con impaciencia la llegada de tales momentos, pues no bien sus primeros rayos se deslizaron atravesando la

abertura de la tienda, cuando se aproximó á esta abertura y miró con profunda atencion el trozo de tela arrancado del jubon del desgraciado paje.

Este exámen vino á confirmarl sin duda en sus sospechas, porq moviendo dolorosamente la cabeza dijo al gran maestro:

—Hé aquí un suceso, señor, muy lamentable y sobre todo muy extraño.

—Sí, en efecto, replicó don Fadrique, harto lamentable y muy extraño! Por qué la Providencia habrá dejado venir sobre mí semejante dolor?

—Señor, dijo Agenor, no creo yo que en todo esto debamos acusar á la Providencia. Mirad esa última reliquia del amigo cuya pérdida llora.

—Mis ojos se gastarian á fuerza de mirarla, dijo don Fadrique, y á fuerza de llorar por contemplarla.

—Pero señor, ¿no veis nada de particular en ella?

—Qué quieres decir?

—Quiero decir que el jubon del desgraciado Hernando era blanco como la túnica de un ángel. Quiero decir que el agua del rio es limpia y clara como el cristal, y sin embargo, mirad, señor, esta tela está manchada de color rojo. Sobre esta tela, pues, ha habido sangre.

—Sangre?...

—Sí, señor.

—Eso será que el perro se habrá herido al tratar de sacar á salvo á la persona á quien tanto amaba, porque advertirás que tiene en la cabeza el mismo reflejo de color de sangre.

—Asi lo habia pensado yo primero, señor. Pero por mas que le he registrado, no le he podido encontrar ninguna herida: por consiguiente, la sangre no es del perro.

—Y no podrá ser que Hernando

mismo se haya herido contra algun peñasco ?

—Yo me he sumergido, señor, en el mismo lugar en que ha desaparecido, y en todo alrededor hay mas de veinte pies de agua. Pero, mirad, hé aquí lo que nos vá á servir tal vez de guia. Mirad esta rasgadura en el pedazo de tela ?

—Es de los dientes del perro.

—No, señor ; pues aquí está bien visible el lado por donde el perro lo ha mordido. Este es un agujero hecho con un instrumento cortante, con la hoja de un puñal.

—¡ Oh Dios mio ! Qué idea tan horrible ! exclamó don Fadrique levantándose pálido, erizados los cabellos, con el espanto y el furor pintados en los ojos ; tienes razon, tienes razon... Hernando era un excelente nadador ; y su caballo criado en mis yeguas, ha atravesado corrientes de agua mucho mas rápidas que la de este rio. Aquí hay un

crimen , Agenor , aquí hay un crimen !

—Yo no dudaria de ello , señor , si pudiese conocer una causa.

—Oh ! es verdad... Tú no sabes que al llegar á esta orilla, Hernando iba á dejarme , no para ir á reunirse al Rey don Pedro como se lo habia dicho al moro , que no lo habrá creído , sino para cumplir una mision particular que yo le habia encargado. ¡ Ah , pobre amigo. Confidente tan fiel y tan leal cuyo corazon no latia mas que para mí ! Ah ! que por mí y por causa mia muere...

—Eso pasó , señor. Nuestro deber , el deber de todos nosotros es morir por vuestra alteza.

—Oh ! ¿ quién es capaz de calcular , murmuró don Fadrique respondiendo á su propio pensamiento , las consecuencias terribles que esta muerte puede traer consigo ?

—Qué no fuera yo vuestro amigo

en el mismo grado que Hernando! dijo tristemente el caballero. Yo heredaría vuestra confianza y os serviría como él os ha servido.

—Eres injusto, Agenor, le dijo el príncipe alargándole la mano y mirándole con aquella dulzura inefable que se admiraba uno siempre de encontrar en la mirada de tal hombre. Yo habia dividido mi corazón en dos pedazos: el uno para tí, el otro para Hernando. Muerto Hernando, tú eres desde hoy mi único amigo, y en prueba de ello, voy á comunicarte la misión que Hernando habia recibido de mí. Debía llevar una carta á tu compatriota, á la Reyna doña Blanca.

—Ah! repuso Agenor, ved ahí la causa.... ¿y esa carta en dónde estaba?

—Esa carta estaba en la escarcela que llevaba colgada á su cintura. Sí, Hernando ha sido realmente asesinado, y ahora creo, como tú,

que lo ha sido. Sí, los asesinos se han llevado el cadáver, que no ha vuelto á salir, á alguna orilla desierta estraviada del río, mi secreto está descubierto, y estamos perdidos.

—Mas en tal caso, señor, exclamó Agenor no vayais á Sevilla. Huid! Estais todavía demasiado cerca de Portugal, para poder volver sin exposicion á vuestra buena ciudad de Coimbra, y poneros en salvo al abrigo de sus murallas.

—Dejar de ir á Sevilla, es abandonarla. Huir es dar motivo á sospechas que hoy no existen, si la muerte de Hernando, no es mas que un accidente ordinario. Por otra parte don Pedro conserva en su poder á doña Blanca, y á mí por ella. Iré, pues, á Sevilla.

—Pero, ¿en qué puedo yo servir entonces? preguntó el caballero. ¿No puedo reemplazar á Hernando? No podeis darme otra carta

igual que sirva de testimonio para acreditarme. Yo no soy un rapaz de diez y seis años, no por cierto; no tengo un jubon de paño fino forrado de seda, sino una buena coraza, contra la cual se han embotado dagas mas peligrosas que las cimitarres y alfanges de vuestros moros. Dádmela, yo llegaré á mi destino; y si cualquier hombre necesita ocho dias para llegar junto á ella, yo os prometo que vuestra carta estará en su poder dentro de cuatro.

—Gracias, gracias, valiente francés. Pero si el Rey se haya ya prevenido, eso no haria mas que aumentar el peligro. El medio que yo he escogido no debe ser bueno una vez que Dios no ha querido que tenga buen éxito. En adelante tomaremos consejo de las circunstancias. Vamos á continuar nuestra marcha, como si nada hubiese acaecido. A dos jornadas de Sevilla, y cuando ya nadie se acuerde de lo

pasado , tú me dejarás , darás un rodeo y mientras que yo entrare en Sevilla por una puerta , tú entrarás por la otra. Despues, á la noche, irás al alcázar real , y te ocultarás en el primer patio, donde tan buena sombra dan los magestuosos plátanos , que es aquel en medio del cual hay un pilon de mármol con cabezas de leones. Desde allí verás unas ventanas con cortinaje de púrpura; son las de la habitacion que ocupo siempre que voy á visitar á mi hermano. A media noche te acercas á la ventana ; entonces yo sabré , segun la acogida que haya merecido al Rey don Pedro , qué es lo que debemos temer ó esperar. Yo te hablaré , y si no pudiere hablarte , te echaré una carta en que te diga lo que debes hacer. Júrame solamente ejecutar al punto lo que te dijere , ó lo que te diga por escrito.

—Por mi alma os juro , con-

testó Agenor, que será ejecutada vuestra voluntad, punto por punto.

—Está bien, repuso don Fadrique; mírame, pues, un poco mas tranquilo. ¡Pobre Hernando!

—Señor, dijo Mothril presentándose en el umbral de la tienda. Vuestra alteza debe recordar que esta noche solo hemos andado la mitad de la jornada. Si tuvieseis á bien disponer la marcha, en tres ó cuatro horas podríamos hallarnos á la sombra de un bosque que yo conozco, por haber hecho alto en él á la venida, y allí podemos dejar pasar el calor del dia.

—Partamos, dijo don Fadrique; nada me detiene ya en este sitio, una vez que he perdido toda esperanza de volver á ver á Hernando.

Y la caravana se puso en camino aunque no sin que el gran maestre y el caballero volviesen á menudo los ojos hácia el rio y repitiesen muchas veces, como una dolorosa

esclamacion que se les escapaba del pecho sin querer : Pobre Hernando ! Pobre Hernando !

— Así continuó su viage á Sevilla don Fadrique.

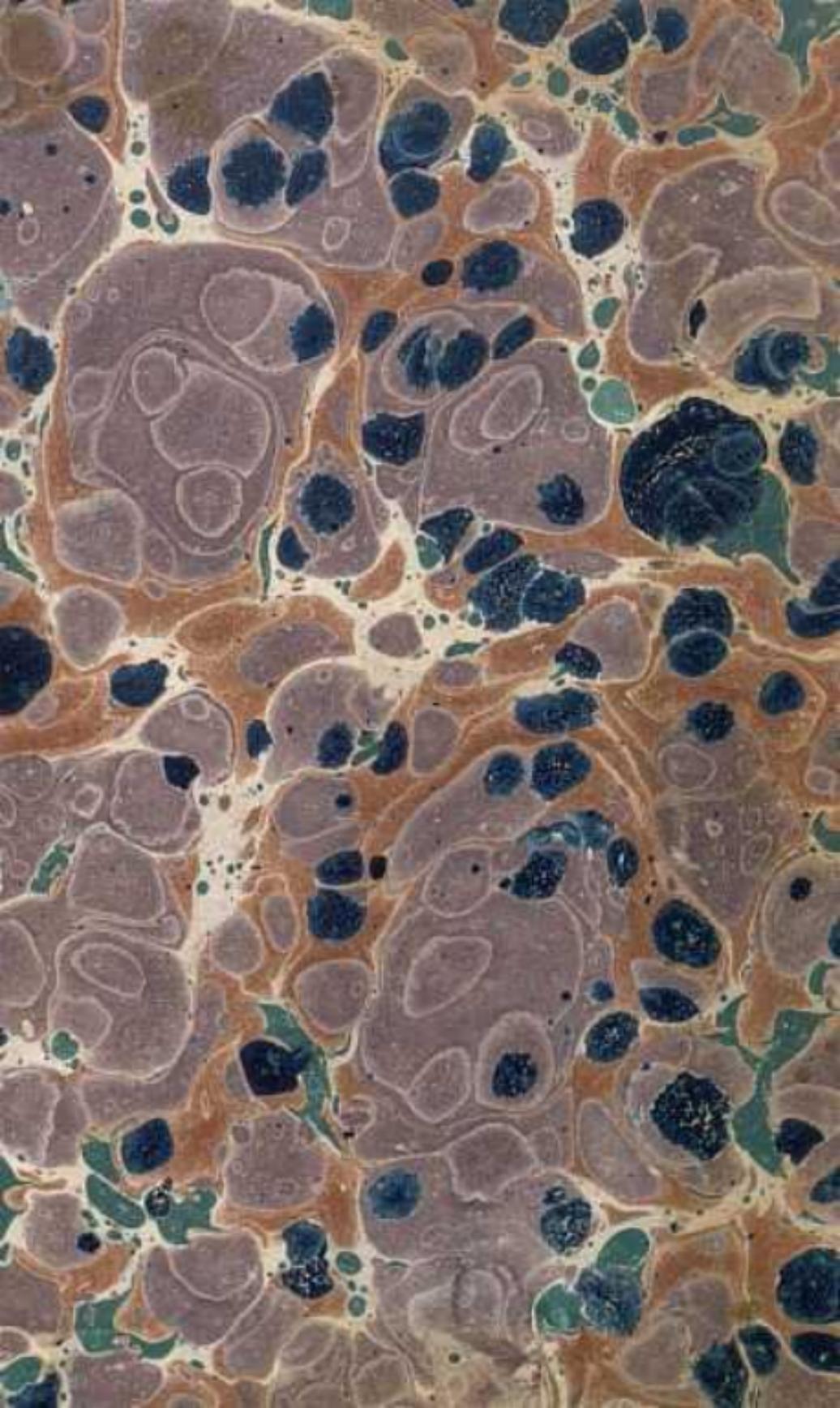
FIN DEL TOMO PRIMERO.

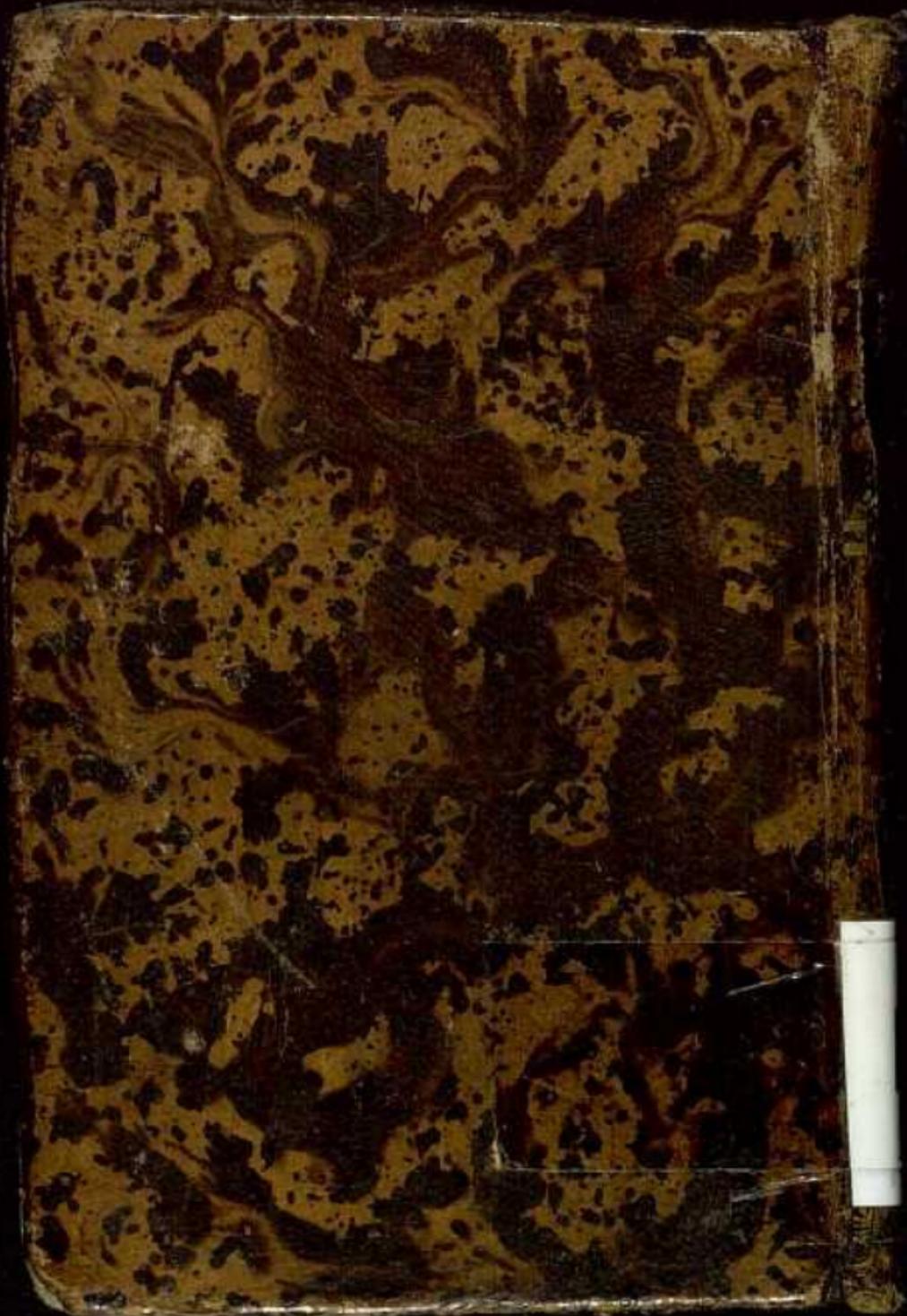
# INDICE

## DEL TOMO PRIMERO.

- 
- De cómo supo Juan Froissard  
la historia que vamos á re-  
ferir. . . . . 5
- Como el Bastardo de Mauleon  
encontró entre Pinchel y  
Coimbra á un moro, del  
cual quiso informarse acer-  
ca del camino que debia se-  
guir, y como el moro pasó  
sin contestarle. . . . . 58
- De qué modo el caballero Age-  
nor de Mauleon encontró á  
Coimbra y el palacio de don  
Fadrique gran Maestre de  
Santiago, sin la ayuda del  
moro. . . . . 91
- De qué manera notó Muzaron  
que el moro hablaba á su

litera y que la litera le res- pondia. . . . .	135
El paso del rio. . . . .	192



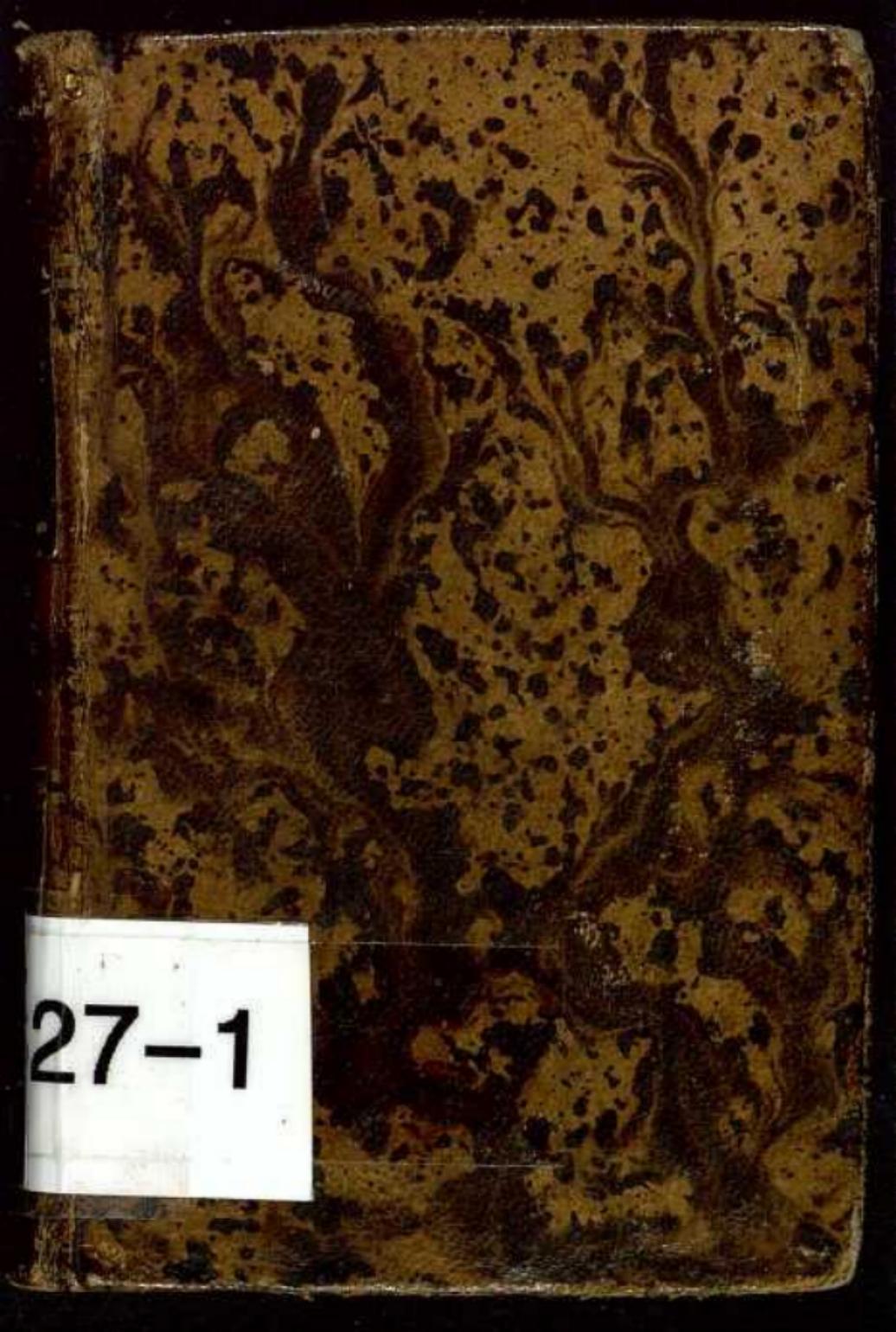


BASTARDO  
DE  
MAULEON

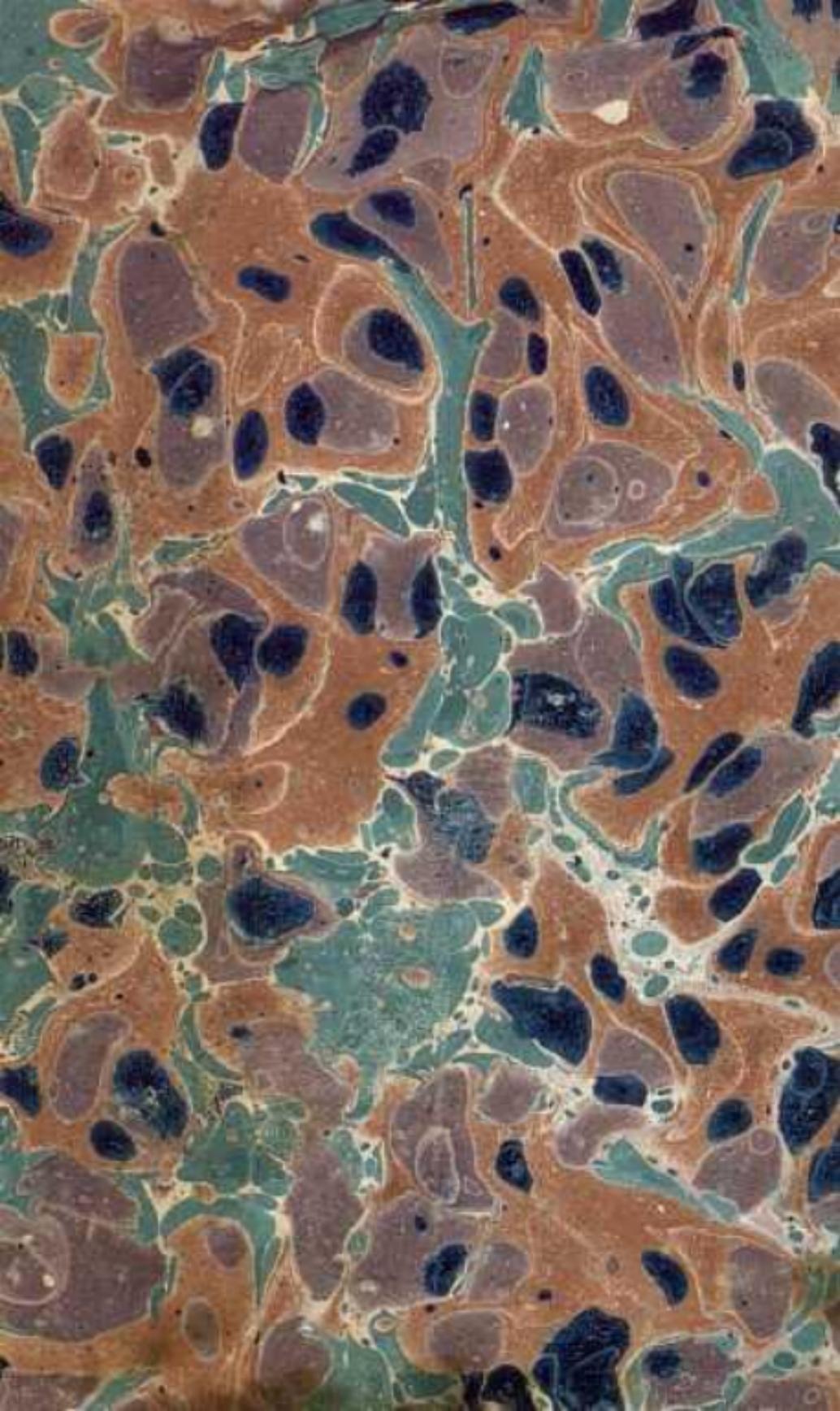
1.2  
11

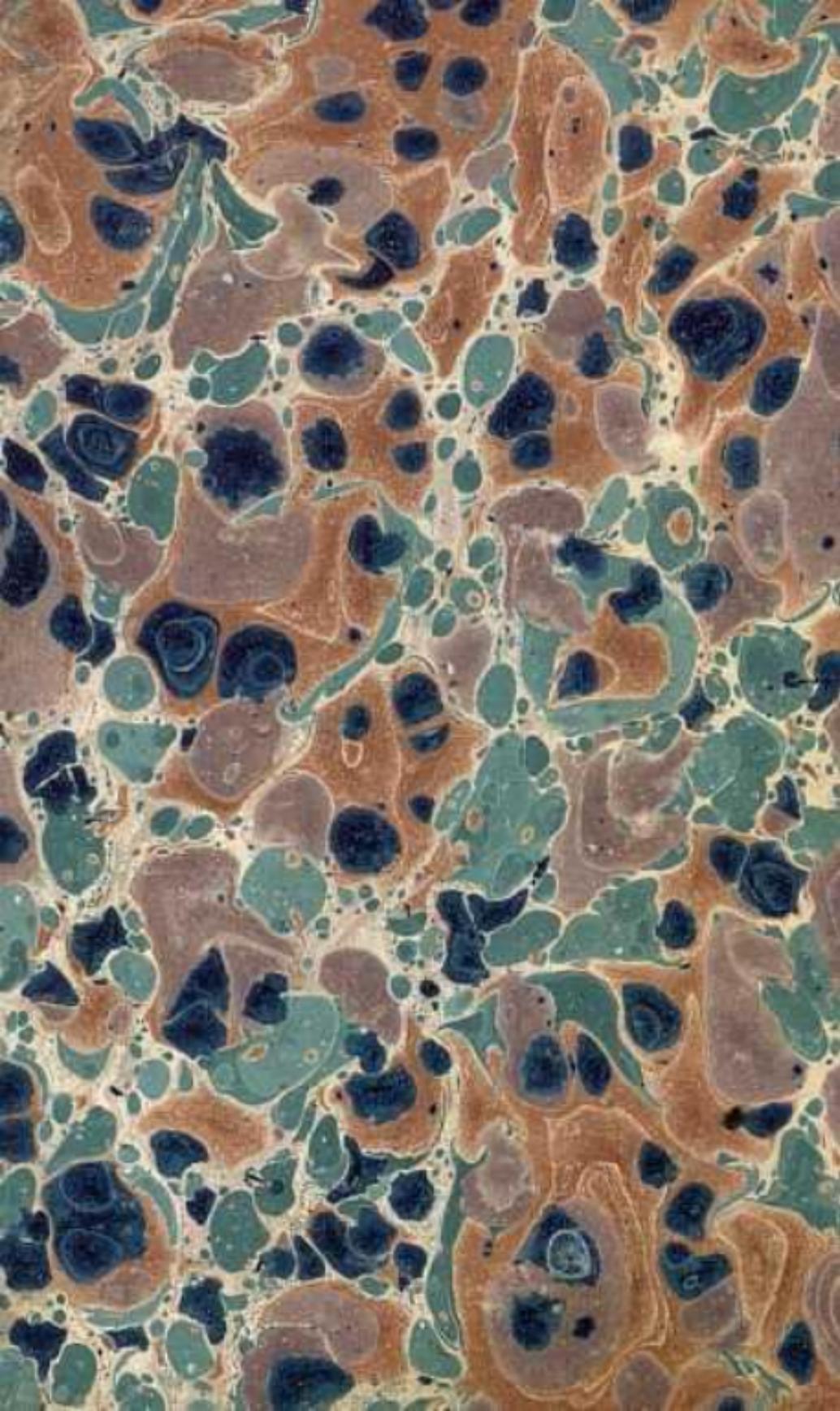
FAN  
XIX  
161a

2

The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a marbled pattern in shades of brown, tan, and black. The pattern consists of irregular, swirling shapes and spots. The book's spine is visible on the left side, showing some wear and the binding structure. A white rectangular label is affixed to the lower-left corner of the cover, featuring the text "27-1" in a bold, black, sans-serif font.

27-1







EL BASTARDO

de

MAULEON.



I.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1195 N. 4th St. New York, N. Y.

